

De reportera a ama de casa (La difícil transición)

Diana Gabriela León

Este libro es para mi hija Alexia,
por quien lo dejaría todo una y mil veces.

A mi mamá:
gracias por ser la mejor compañera de mis sueños.

Y a Jorge, por transitar conmigo
en una vida llena de aventuras. Te amo.

Gogui, Pinky y Gabriel,
mis hermanos en las buenas y en las malas.

Papá, tu apoyo siempre es muy importante.

Tío Quique, hasta donde estés te acompaña mi eterno
agradecimiento por enseñarme el gusto por la lectura.

Y gracias:

A Aída Barajas, Claudia Medrano,
Maricarmen Melo y Silvia de Santiago.
Ellas saben por qué.

En especial a Rocío González,
quien con estilo corrigió mi estilo.
Y a su papá, por sus opiniones.

Y a todas las mujeres que con sus historias
me permitieron escribir más páginas.

I

Cuando creíamos que teníamos todas las respuestas, de pronto cambiaron todas las preguntas.

MARIO BENEDETTI

Soy... o fui... reportera.

Un oficio, más que una profesión, que resulta tan difícil de dejar como difícil de aprender. Te provoca adicción y pasión. Acapara tu mente, tu vida, tus actos. Te exige no sólo estar preparada, sino enterada de todo y, más que eso, alerta. Siempre buscando la noticia. Siempre encontrándola en cualquier sitio, en cualquier cosa.

Ser reportera te permite estar en lugares donde, de otra manera, no podrías estar, conocer personas y personajes que quizá ni siquiera imaginaste, ser la primera en poseer información que después tú misma deberás dar a conocer. Es una responsabilidad enorme, pero que sin duda, cuando sabes enfrentarla, te llena de satisfacciones.

En cuestiones más banales, ser reportera le da una gran credibilidad a tus palabras cuando opinas sobre algún tema en las reuniones. Ante los demás tienes un halo de misterio, de respeto y, hasta cierto punto, de poder.

Durante doce años mis ojos fueron los de muchos, y mi voz, el medio para dar a conocer noticias, unas más importantes que otras.

Entonces todo era casi imperceptible, hasta que me convertí en un ser común y corriente. De la noche a la mañana se acabaron las preguntas. Obviamente... ya no tenía respuestas.

Un buen día desperté dándome cuenta de que ya no tenía prisa.

Claro, ya no iría tras las noticias. Éstas llegaban a mí igual que le llegan a cualquiera.

Las puertas no se abren como antes... La gente no me reconoce como entonces. El sueño terminó.

Es ahí donde empieza la difícil transición.

II

Quise un bello sueño y, cuando llegó, me dolió que fuese sueño.

GIOVANNI OLIVA

Mis primeros meses sin empleo fueron muy agradables, lo confieso. No tenía que aventar el plato de comida para salir corriendo porque me habían llamado para cubrir una nota. No tenía que cancelar ningún compromiso a última hora, y hasta me di el lujo de irme de viaje sin tener que pedir permiso a nadie.

El tiempo pasó y fue entonces cuando la realidad me cayó de golpe. No es lo mismo tomarte unas vacaciones a sabiendas de que tu trabajo te espera. No es lo mismo gastar tu dinero con la seguridad de que en la siguiente quincena vas a tener un sueldo depositado. Entonces no sólo empiezas a aburrirte, también comienza la veloz cuenta regresiva de tu cuenta bancaria. Son sólo dos de los primeros problemas que debes aprender a afrontar. El tercer problema, el cuarto, el quinto... son tantos que ya ni los identifico.

Me queda muy claro que mi vida puede no interesarle a nadie y, en realidad, no sé si la escribo para mí, como catarsis, o para ti.

Quizá resulte demasiado presuntuoso, pero pensé que tal vez serviría de orientación, o por lo menos de consuelo, a quienes luego de ser mujeres independientes en todos los sentidos, se han convertido, o están a punto de hacerlo, en amas de casa. Para aquellas que no saben lo que les espera y a lo que, sin duda, deberán enfrentarse tarde o temprano.

Cuando terminen de leer, podrán pensar, como yo, que esa tran-

sición es probablemente el reto más grande de nuestra vida.

No es, sin embargo, un libro únicamente para mujeres. También lleva una dedicatoria especial para los hombres. Sobre todo para aquellos cuyas esposas o novias trabajan fuera de casa, hecho cada día más común. Pretendo que al leerlo se den cuenta, y de ser posible comprendan, porqué nuestro sentido del humor y hasta nuestro amor se transforman por completo el día que dejamos de tener esa independencia, sobre todo económica.

Existen infinidad de libros en todos los idiomas que hablan de superación personal. Nos cuentan cómo hacernos millonarios en cien días, cómo lograr ser el vendedor más grande del mundo, cómo llegar a ser poderosos, cómo de ser nadie podemos convertirnos en alguien. En fin, la gran mayoría tiene como supuesto objetivo enseñarnos a ganar dinero y reconocimiento. Pero ¿conoces algún libro que brinde un poco de ayuda a quienes dejamos de recibir un sueldo? ¿Que nos enseñe a enfrentar el hecho de no ser reconocidas y a convertirnos únicamente en la “señora de” o en “la mamá de”?

Eso, créanme, no es nada fácil.

Hoy día el recuerdo de mi trabajo sólo queda en algunos videos de mi egoteca personal, porque la fama es tan efímera como largo es el camino para alcanzarla. Sí, es muy triste. Durante años y años trabajamos en busca del reconocimiento, y cuando estamos empezando a lograrlo, ya lo perdimos.

Televisa fue la empresa donde tuve la oportunidad de realizar mi trabajo. Jacobo y Abraham Zabudovsky, Guillermo Ortega y Raúl Hernández fueron mis principales maestros. Mostrarles mis notas me obligaba a ser perfeccionista, en la medida de lo posible. Empecé haciendo reportajes de análisis. Poco después me lancé a la aventura, y lo mismo me subía a un avión ultraligero, que recorría diversos estados en helicóptero, nadaba con lobos marinos o visitaba las pinturas rupestres de Baja California. Más adelante me interesaron los temas sociales y descubrí a los niños de la calle que vivían dentro de una coladera. Luego pasé al área de noticias,

y la política y la economía del país y del mundo me atraparon en sus redes. Gracias a eso tuve la oportunidad de conocer a grandes personajes, como presidentes, reyes, políticos e intelectuales. Casi al final de esos intensos años, me tocó transmitir en vivo, desde el Partido Acción Nacional, cuando se dio a conocer que Vicente Fox era el virtual ganador de las elecciones presidenciales. En ese momento nunca imaginé que también yo, al igual que México, estaba por iniciar mi propia transición.

Es más, aún no he acabado de reaccionar y ¿saben qué? Ahora mi teléfono sólo suena cuando llaman a mi hija, cuando mi marido quiere saber qué habrá de comer o cuando mi mamá pregunta cómo estoy. Y miren que durante años y años mi celular repiqueteaba de día y de noche. De ser cierto que los celulares provocan tu-mores cerebrales, seguramente ya habría muerto.

Mis problemas actuales radican en correr todas las mañanas a un ritmo superior al que marcan los cánones de los deportistas que compiten en las olimpiadas para arreglar a mi hija, darle de desayunar, llevarla al colegio, regresar a darle de desayunar al marido, ir al súper, a la tintorería, hacer la comida y de vuelta al colegio. Y ni qué decir si la reina de la casa, léase la sirvienta, decide ausentarse de sus labores porque por octava ocasión se murió su abuelita.

Por la tarde el ritmo no baja. Servir de comer; escuchar los problemas que mi marido tuvo durante la mañana, porque los míos son tan insulsos que a él, me digo a mí misma, por supuesto, no le interesan; ayudar a la niña a hacer la tarea; llevarla a sus clases vespertinas; bañarla; darle de cenar; leerle un cuento; dormirle, y... ya llegó mi esposo con ganas de cenar y, claro, de hacer el amor. Rápidamente aprendí a echar mano de los consabidos y muy recurrentes dolores de cabeza. Después de lavar, planchar y cocinar, de lo que menos ganas tenía era de ponerme un baby doll y esperar, muy sexy y con una sonrisa, a mi pareja. ¡Otro placer que se escapa de mis manos! Es más, los sueños eróticos desaparecen por completo para dar paso a espantosas pesadillas que tienen que

ver con el jabón que se derrama en la lavadora o la olla exprés que explota.

Alguna que otra noche prendo la televisión para ver un noticiero. Sí, como verdadera masoquista, me gusta ver a mis antiguas compañeras reporteras. Marissa Rivera, desde la Presidencia; Claudia Flores Barreto cubre las elecciones de Veracruz; Gabriela Reséndez, en Jordania a causa de la guerra; Karla Iberia Sánchez, en algún otro lugar del mundo. Y las envidio. Algunas de ellas creen que la situación envidiable es la mía. ¡Ingenuas!

Durante el tiempo que fui reportera me quejaba por lo mucho que trabajaba. Odiaba a las mujeres que se la pasaban lamentándose de la vida hogareña y de los deberes que diariamente tenían que cumplir. ¡Ansiaba comer un día en mi casa! Y esas mujeres, decía, deberían aprovechar el delicioso arte de ser mantenidas para hacer ejercicio, aplicarse tratamientos en el pelo, leer, estudiar, disfrutar de la vida. ¿Sabes qué? Me estoy comiendo mis palabras. No encuentro tiempo para hacer, por lo menos, una de esas cosas. Y tampoco dinero. Porque no es lo mismo que tu marido pague todo lo elemental, digamos, a que te dé para complacer cada uno de tus caprichos. Claro, a menos que te consigas uno de esos ejemplares en peligro de extinción que, cuando dejas de trabajar, te abre una cuenta bancaria en la que te deposita una buena cantidad cada mes y nunca pregunta en qué ni dónde lo gastaste.

No es mi caso, lamentablemente. Por eso, lo único que le pido (¿exijo?) a mi marido es que sea más rico, más despistado y, de ser posible, mudo.

De veras, esto les puede parecer chistoso, pero les aseguro que no lo es.

No se imaginan lo complicado que resulta no sólo cambiar tus hábitos, sino hasta tus pensamientos.

La otra mañana se me ocurrió preguntarle, precisamente, a mi marido: “¿En qué es en lo primero que piensas cuando despiertas?” Y me respondió, después de pensarlo un poco: “En que me tengo

que arreglar rápidamente porque tengo muchas cosas que hacer". Al cuestionar sobre lo mismo a mi hija, me contestó: "En que tengo mucha flojera". Y cuando ellos al unísono dijeron: "¿Y tú?", me di cuenta de que el único pensamiento matutino que claramente me asaltaba desde hacía varios meses era: "¿Qué iremos a comer hoy?" Díganme si no es patético.

No está tan lejano el día en que me parecía de lo más aburrido compartir un desayuno con las mamás de algunos compañeros del colegio de mi hija. ¡No puede ser que no tengan mayor plática que lo caro que está el tomate, los problemas con la sirvienta o las tareas escolares! Eso objetaba yo. Claro, entonces estaba enterada de quiénes conformaban el gabinete presidencial, de cómo estaban las finanzas del país, de las elecciones, de los partidos políticos y de todo lo que acontecía en cada rincón del mundo. Eso quedó atrás.

Con decirles que me afectó mucho más la muerte (octava, recuerden) de la abuelita de mi muchacha que el atentado a las Torres Gemelas. ¿A mí qué me importaba lo que hiciera Osama bin Laden si parecía un cuento de niños contra el caos hogareño que yo estaba viviendo?

De repente tenía momentos de lucidez que, aunque no lo crean, se pierden dentro del hogar, dulce hogar, y me preguntaba: ¿dónde quedó mi espíritu periodístico? Entonces trataba de poner atención a los noticiarios, pero me di cuenta de que la única información que me interesaba era aquella relacionada con el aumento en los precios del pan, los huevos o la tortilla. Y antes de darme la oportunidad de reaccionar, el agua quemándose sobre la estufa me hacía volver a mi realidad.

Si esto les parece poco, esperen, pues hay más.

Los sentimientos... los sentimientos de una mujer profesionista, de una mujer que trabaja, no son los mismos que los de un ama de casa. Por ejemplo, antes odiaba a mi jefe, pero realmente no me preocupaba, porque ni de mi familia era. Pero ahora, ahora odio a mi marido. Eso sí que es un conflicto, porque, de verdad, a veces me

asaltan ideas asesinas. Sobre todo los fines de semana, aquellos que yo tanto disfrutaba y que, ahora, mientras él duerme a pierna suelta, a mí me toca lidiar con la nena, que me despierta con un grito que cualquier día de estos me va a provocar un infarto: “Mamá, tengo hambre”. Ahora me doy cuenta de por qué la primera palabra que aprenden a pronunciar los niños es “mamá”.

No soy la única con este conflicto (mal de muchos, consuelo de tontos). Hace tiempo una amiga me contó su historia. Ella tiene una situación económica bastante desahogada. Un Mercedes Benz y un BMW están en la puerta de su casa, pero, para su mala suerte, vive en Estados Unidos, donde como sabemos el servicio doméstico prácticamente es inexistente. Por lo tanto, tiene que realizar todos los quehaceres. Eso, por supuesto, la mantiene agotada y harta. Para ella el sueño americano es más bien una pesadilla. Un día creyó ver un rayo de esperanza. La ilusión de descansar por lo menos unas horas parecía convertirse en realidad. Cuenta que un domingo por la mañana su marido le dijo: “No te levantes, duérmete otro rato. Yo les doy de desayunar a las niñas y las entretengo”. “Qué maravilla de marido me conseguí”, pensó mi amiga, quien en ese momento lo adoró. Pero el amor no duró ni diez minutos, pues cuando apenas empezaba a quedarse de nuevo dormida... pum, se abre la puerta...

Oye, ¿cómo les hago los huevos?

Otros diez minutos y... pum...

¿No sería mejor que les hiciera hot cakes?

Y poco después, pum...

Mamaaaaaaaaaaaaá, papá me dio leche sola y yo quiero chocolate.

Mi amiga se levantó enfurecida y sacó al ahora odiado fulano prácticamente a patadas de la cocina.

Cuando me lo contó, moría de risa. Ahora que lo vivo, no me causa la menor gracia. Por el contrario, me parece una tragedia griega.

Pero aquélla era la época en que yo pensaba: “Los hombres sí que son bastante tontos para hacer cualquier labor doméstica”. ¡Ajá! Mi ingenuidad se acabó tan rápido como las veces que se abrió la puerta

de la recámara de mi amiga... pum... No, si no son nada tontos. Al contrario, creo que se pasan de vivos. Se hacen los inútiles para que así nunca les pidas que hagan algo. "A ver, quítate, yo lo hago", les acaba uno diciendo. Por siglos y siglos la táctica les ha funcionado. Aquí estamos las estúpidas mujeres siguiéndoles el juego.

Y, a propósito, la relación con mi hija no es una mejor historia. Recuerdo mis remordimientos de conciencia cuando tenía que de-jarla, aun y cuando estaba bien cuidada por mi mamá, para irme a trabajar. Siempre me reprochaba a mí misma: cuando crezca no me va a querer porque no estuve con ella cuando empezó a caminar o cuando le salió el primer diente. Realmente me atormentaba. Ahora que estoy con ella de día y de noche y que vivo para ella, tristemente me doy cuenta de que, cuando sea grande, quiere ser famosa como su papá, quiere ser periodista como su papá, quiere ser tan inteligente como su papá. En pocas palabras, en nada quiere parecer-se a su mamá o hacer lo que ella hace. Es más, en una tarea escolar la niña tenía que escribir todos mis datos. Puso mi nombre y anotó mi edad exacta. Esperaba que, por lo menos, me quitara algunos años. Pero lo que en verdad me ofendió fue su respuesta sobre cuál era mi profesión u oficio. Con una letra que me pareció enorme, pude leer: NADA.

¿Se dan cuenta de qué sirven los sacrificios? A ella ya se le olvidó que su mamá también es periodista, que su mamá también es inteligente y, lo que es peor, por lo visto tampoco toma en cuenta que mucho de lo que mamá dejó fue por ella. Lo único que ahora ve es que ser ama de casa, como actualmente es su mamá, y ser NADA es prácticamente lo mismo.

Tristemente, tengo que darle la razón, y no porque yo así lo crea. Bueno, creo que no lo creo, o quiero no creerlo. De lo que sí estoy segura es de que a las amas de casa sólo nos ven como un mal necesario. Imagínense cómo se siente una cuando piensa, por ejemplo, en las moscas, que también son un mal necesario por aquello de la cadena alimenticia, pero que, en realidad, a nadie le importan. No crean que soy tan negativa, peor sería que la comparación la hiciera con una cucaracha, ¡uf!

Confieso que en más de una ocasión he estado tentada a volver. Salir a la calle. Buscar un empleo. Recuperar la independencia de antaño. Pero siempre sucede algo que me lo impide. La última vez que pensé en hacerlo, mi pequeña tirana tuvo mucho que ver. El pasado 10 de mayo me regaló una tarjeta, hecha con sus propias manos, que decía: "Mamá, yo te quiero mucho. Eres la persona más importante para mí. Sin ti no sé qué haría. Antes, cuando trabajabas, casi no te veía y ahora te veo diario y eso significa mucho para mí".

Entonces empiezan nuevamente los sentimientos de culpabilidad. ¿Cómo voy a fallarle?, me pregunto una y mil veces.

Muchos insisten en que los niños se acostumbran a todo y que mi vida no puede girar en torno a ella. Cierto o no, el hecho es que esta niña es mi hija, la única, además, y quizá sea criticable, pero mi vida sí gira a su alrededor, porque mi único interés es que sea feliz.

Sé bien que infinidad de mujeres son exitosas y, en muchos casos, famosas. Pero, la verdad, no quisiera que en el futuro mi hija me dijera: "Bye, mamá", como la canción que, en reclamo, le escribió Alejandra Guzmán a su mamá, la actriz, productora y hasta diputada, Silvia Pinal.

Estoy consciente de que tampoco puedo decir que esperaré a que crezca un poco para retomar mi vida laboral. Entonces puede ser demasiado tarde, por aquello de la edad.

Ahora que, si sabes de alguien que quiera contratarme para ir a cubrir alguna información en Iraq, te voy a agradecer que le pases mis datos. Explícale que soy una muy buena reportera que sólo pone por condición llegar a la zona del conflicto a las nueve de la mañana y regresar a la una y media de la tarde a casa. ¿Has oído por ahí si ya existe algún medio de transporte mucho más rápido que los que conocemos? ¿Ves? No es tan fácil ser optimista.

Existe un método llamado visualización creativa. Presuntamente, enseña a usar el poder de la imaginación para lograr lo que deseas en la vida. Ya estoy haciendo los primeros ejercicios. Visualizo claramente que me saco la lotería y construyo mi propio canal de televisión junto a mi casa, mismo que maneja mi marido mientras

yo me pongo los horarios más convenientes. Si funciona, prometo darlo a conocer en cadena nacional.

Por lo pronto, agradezco profundamente a Bayer la invención de la aspirina, porque últimamente he tenido que hacer uso muy seguido de sus preciados comprimidos. Me consuela pensar que, gracias a eso, es muy probable que no me dé un infarto.

III

Cuando uno está habituado a una dulce monotonía, ya nunca ni por una sola vez apetece ningún género de distracciones, con el fin de no llegar a descubrir que se aburre todos los días.

ANNE LOUISE GERMAINE DE STAËL

En estos años de asueto laboral he aprendido muchas cosas. Entre éstas, que es totalmente falso que las mujeres que trabajan tienen por fuerza una doble jornada porque también deben atender el hogar. Excluyendo a aquellas que de verdad nacieron ya con la firme esperanza de ser canonizadas, quienes aportan dinero tienen todo el derecho de exigirle a su marido que las apoye en las tareas de la casa o en pagar a alguien para que las haga. Así era mi caso.

Cuando me casé, durante muchos años seguí con la noble labor de reportera. Me convertí en mamá y seguí trabajando. Entonces mi casa era un verdadero oasis. Cuando llegábamos, todo estaba en perfecto orden gracias a la sirvienta, claro, quien, por cierto, en aquel entonces, como ni me veía, se las arreglaba para hacer todo sin tener que preguntarme nada. La ropa estaba lavada, planchada y guardada. Además, ya habíamos comido y, quizá, hasta cenado en un restaurante. Mi mamá nos había entregado a la niña bañadita y en pijama, y mi marido y yo teníamos muchos temas de conversación: “La Guerra del Golfo Pérsico está tremenda”. “Fíjate que los panistas aseguran que van a ganar las elecciones.” “¿Ya viste que compraron nuevas máquinas para editar?”

Si alguna vez la muchacha no estaba, él, sin protestar, hacía la cama por las mañanas o lavaba los trastes o ponía la lavadora y hasta planchaba. Los fines de semana se llevaba a la niña a algún lugar

para que yo pudiera dormir más tiempo. ¿Hoy? ¡Qué va! Aunque no lo reconoce, por supuesto, estoy segura de que piensa: “Yo trabajo mucho para que no falte nada, y ella ¿qué hace? Tranquila en casita. Por lo menos que haga algo la... floja”.

Ésta es otra de las cosas que aprendí. Una queja que en boca de otras mujeres me causaba gracia: “Nadie toma en cuenta el trabajo que hacemos en la casa”. Y yo pensaba: “¿Cuál trabajo? Que le bajen”. Véanme ahora. No hay nada que extrañe más que estar diez horas afuera de una reunión de políticos en espera de una entrevista. Eso no es nada comparado con las veinticuatro horas que paso entre mis labores hogareñas, las de mamá y esposa. Al decir veinticuatro horas no estoy exagerando. Lo que debieran ser noches tranquilas, son viajes interminables a la recámara de mi hija para regresarla a su cama cada vez que se pasa a la nuestra.

Antes, por lo menos, acababa el día agotada, pero con la satisfacción de haber aprendido algo, de haber escuchado alguna conversación amena o de haber conocido a alguien interesante.

Por eso, cuando empecé a tomar conciencia de mi nueva realidad, mi primer temor fue que se me secase el cerebro. No podemos olvidar que el cerebro necesita ejercitarse para funcionar correctamente. Empecé a idear qué hacer y, según yo, encontré una fórmula. Así, cada vez que voy al súper, empiezo a poner cosas en el carrito: carne \$85, huevos \$24, 85 más 24 igual a \$109, etc. Es decir, aprendí a ir haciendo la suma de los precios de las cosas, una especie de aeróbicos mentales, y realmente el único ejercicio para el cual tengo tiempo. También procuro ir sumando los números de todas las placas de los coches que van enfrente de mí. No es mala idea ¿verdad? Por lo menos el cerebro se mantiene despierto. Se lo paso al costo.

Sin embargo, debo hacerles una advertencia: la fórmula no es infalible. Como todo, tiene sus bemoles, ya que esto puede hacerse cuando estás sola y eso casi nunca es posible. “Voy al súper.” “Te acompaño.” “No, espérame aquí.” “Buaaaaaaaaaaaa.” “Ok, vamos.”

Con decirles que, como ama de casa, no puedes ni hilar un pen-

samiento completo, ya que siempre hay alguien interrumpiéndote. No puedes decidir nada, todos lo hacen por ti. Justo cuando crees que vas a poder sentarte a leer el libro que tienes cerrado desde hace semanas, tu marido llega con un amigo a comer y se quedan platicando toda la tarde en la sala mientras, claro, tú les sirves café; o la niña avisa que es el cumpleaños de una amiga del colegio y tienes que llevarla.

Al ver ese libro, ése que les digo, notarían que está muy gastado, pero no por las veces que lo he leído, sino por las múltiples ocasiones en que, en cuestión de segundos, he tenido que abrirlo y cerrarlo sin leer, ya no digamos una frase, ni una palabra. Es más, ya ni recuerdo cómo se llama, ni por qué estaba tan interesada en leerlo.

Ver televisión es casi una irrealidad. A pesar de que existe más de un aparato, los que integran mi pequeña familia siempre deciden verla donde estoy yo y acaparan el control remoto o eligen ese momento, ése del final de tu programa favorito, para contarte toda su vida que, de por sí, tú ya conoces de memoria.

Además, me estoy aventando de nuevo la primaria, corregida y aumentada, porque todas las tardes me siento a revisarle la tarea a mi hija, que lleva unas matemáticas que yo no conocí hasta que estuve en secundaria. Si a esto le agregamos que la mitad de las materias de mi pequeña son en alemán, la verdad es que esos momentos dejan como secuela verdaderos dolores de cabeza. Y, por si fuera poco, tengo que escuchar innumerables críticas: "Ay, mamá, ¿cómo no sabes qué quiere decir Guten Tag?" ¡Como si yo tuviera la obligación de hablar alemán! Antes, no habría pasado a mayores. Todo se habría solucionado con la contratación de una maestra que le ayudara con las tareas.

Lamentablemente, y no les quiero recordar lo que siempre les dicen sus mamás, uno no se da cuenta del bien que tiene hasta que lo ve perdido. Cuando era reportera añoraba tener tiempo, y nunca me di cuenta de que tenía uno muy preciado, el que era mío y de nadie más.

Por cierto, desde un principio quería pedirles su comprensión. Si

de pronto algunos párrafos no tienen coherencia, es porque seguramente alguien me distrajo. “Señora, ya no hay jabón para la ropa.” “¡Mamaaaaaaá!, ¿me pasas papel de baño?” O, como ahorita, que mi marido está parado atrás de mí contándome que se le acaba de ocurrir el término que más se usará en este siglo: ciberanalfabeta. De plano me dio pena decirle que, al paso que voy, muy pronto seré uno de ellos.

Un día creí haber encontrado el refugio perfecto: ¡el baño! Resultó otro sueño guajiro. Los toquidos en la puerta no cesaron. “Qué, ¿ya te moriste? Ya te tardaste mucho.” “Oye, ¿puedo entrar por mi bata?” “Me tengo que cepillar los dientes, ¿ya vas a salir?”

Pero ¿qué tal cuando todos tienen cosas que hacer? Estoy tan acostumbrada a sus demandas que, cuando nadie me hace caso, me siento perdida, sola y abandonada. Son las incoherencias en las que incurro y por las que me di cuenta de que es un hecho: el cerebro se seca y, por lo visto, por falta de constancia, ni los cerebroaeróbicos te salvan.

Voy a dejar hasta aquí este capítulo para permitirles que mediten un poco sobre la triste realidad de las amas de casa. Es la una de la mañana, único espacio que tengo para usar la computadora sin que alguien me la arrebatase, pero necesito dormir, porque mañana todo empieza de nuevo.

IV

La recompensa del trabajo bien hecho es la oportunidad de hacer más trabajo bien hecho.

JONAS EDWARD SALK

Han pasado algunos días desde que escribí la última frase. La he pasado fatal.

Después de haberme soplado los “mil y un funerales de la abuela”, la eficiente, maravillosa y adorada maid decidió abandonarnos. Entré en tal depresión, que todos estaban considerando meterme en un psiquiátrico. Me vestí de luto y lloraba de día y de noche por los rincones.

Pero ni enloquecer y escapar así de la realidad fue un lujo que pudiera darme. Mi marido, con un gran tino, como siempre, cayó en cama. Estaba gravísimo. Realmente tenía un poco de diarrea y creo que todo lo hizo para que yo recuperara la cordura y, entonces, darme la noticia: “Mañana tenemos invitados a cenar, ¿te acuerdas?” Se imaginarán el estado de histeria en el que caí; por los aires voló cuanta cosa me encontraba en el camino. ¡Tonta!, porque luego yo misma tuve que recoger todo lo que había arrojado sin conmiseración alguna. En fin, esa tarde aspiré toda la casa, sacudí, lavé baños, barrí patios y, por supuesto, preparé caldito de pollo para el enfermito. No dormí pensando en los platillos con los que deleitaría a los invitados. Por la mañana, rauda y veloz, fui al súper. Eso sí, me rebelé y ordené a mi marido y a mi hija que comieran una hamburguesa en Mc Donalds mientras yo preparaba la cena.

Hora y media antes de la llegada de los invitados, me bañé y arre-

glé para que, como buena anfitriona, según el Manual de Carreño, cuando llegaran pareciera que nada me había costado trabajo. Que linda, ¿no?

Ni un tequila completo me pude acabar por estar sirviendo, recogiendo, etc. Y, cuando al fin se fueron, me dieron las cinco y media de la mañana lavando trastes.

Como era sábado, decidí ponerme en huelga. Coloqué pañuelos negros y rojos en la puerta de mi recámara y un letrero de no molestar. Mi esposito, tan lindo, me llevó de comer a la cama y se pasó la tarde preguntándome que quería y cuidando a la niña.

Pero oh, surprise. Cuando el domingo por fin bajé a la cocina, aquello parecía una zona de desastre. ¡Me habían guardado todos los trastes sucios! No sabía si llorar, reír, matar o resignarme a mi triste destino. ¡Ya se imaginarán lo que acabé haciendo!

Como buena reportera, esos días en que no pude sentarme a escribir, cargaba mi grabadora a todos lados (léase rincones de la casa) para que ningún detalle se me olvidara. Pero, al momento de sentarme a transcribir, consideré que no era oportuno hacerlo al pensar que este ejemplar podía caer en manos infantiles y que el lenguaje plasmado en la cinta de audio no era de ninguna manera apropiado.

Afortunadamente, el trono de la reina de la casa ha sido nuevamente ocupado. ¡El rey ha muerto!, ¡viva el rey!

Por ahora no es del todo un consuelo. He tenido que demostrar más de mil veces cómo se usa la lavadora, dónde se pone la ropa sucia, si esto se plancha o no, con qué se lavan los baños, a qué hora se sirve la comida, etc. Pero hoy hasta una veladora prendí para dar gracias a Dios, porque, como reza el dicho, más vale arrear que la carga llevar.

V

Nadie puede hacerte sentir inferior sin tu consentimiento.

ELEANOR ROOSEVELT

A veces no sé si continuar con esta historia, porque, a pesar de mi progresiva parálisis cerebral, me doy cuenta de que puedo provocar en los lectores un sentimiento que no me causa la menor gracia: lástima.

¡Lástima! Cuando antes, por lo menos entre mis conocidos, era admirada, elogiada, alabada (aunque parezca parodia de Adela Micha).

Eso sí que lastima mi ya de por sí maltrecho ego que todos los días intento remendar, pero que, por más que me esfuerzo, para cuando cae la noche y una vez más la rutina se ha repetido inexorablemente, es más pequeño, poco a poco inexistente.

Cuando caí en la cuenta de que llevaba más de una semana vistiéndome con pants y tenis y peinándome sólo con una cola de caballo, entendí el término parece mal casada. Fue entonces cuando también me surgió la duda: ¿alguna estará “bien casada”?

Ese día tampoco pude evitar la tristeza al recordar el departamento de maquillaje de Televisa. Nunca valoré sus servicios tanto como ahora. ¡Qué ganas de ponerme en sus manos!

¡Lástima, Margarita!

No pueden siquiera imaginarse lo que significa dedicarle a su persona unos minutos cada día. Si los tienen, aprovéchenlos, porque no saben cómo se extrañan.

Recuerdo cuando, según yo, tenía tal cantidad de trabajo que no podía ir a hacerme el pedicure que tanta falta me hacía. Mentira, pretextos. Ahora es cuando, en verdad, me falta ese tiempo y, so-

-bre todo, la tranquilidad. Cuando por fin me escapo al salón de belleza, esos momentos que deberían ser de relax, son de absoluta tensión: "Señorita, apúrese, porque si no, no llego a recoger a mi hija al colegio". "Chin, yo aquí y la comida todavía no está lista." "Ay, creo que dejé la estufa prendida." La pobre pedicurista no sabe si compadecerme o mandarme a la goma.

¿O qué tal cuando, milagrosamente, vas a comprarte ropa? Si dejaste a los niños con la muchacha, compras todo a mil por hora para regresar rápido. En primer lugar porque los niños no dejan de llamar para preguntarte si ya vas a llegar, cuando en realidad a donde no has llegado es a la tienda.

Y si te acompañan... "Mamá, ya me cansé", "quiero hacer pi-pí", o los tienes a todos contigo dentro del vestidor gritando: "Ma-má ¿por qué traes calzones rojos?" El caso es que compras algo que hasta que llegas a casa te das cuenta de que nunca vas a ponértelo.

Vuelvo a lo mismo: o somos unas santas o somos muy, pero muy... tontas. Cuando trabajas fuera de tu casa, aun con hijos, los dejas encargados con alguien porque tienes o te justificas diciendo que la tienes la necesidad de trabajar. Pero una vez que eres ama de casa, te remuerde la conciencia dejarlos cuando, según tú, es tu única obligación.

El chiste es que, por una u otra razón, siempre nos remuerde la conciencia.

C'est la vie.

VI

Si no decides cuáles son tus prioridades y cuánto tiempo les dedicarás, alguien más lo decidirá por ti.

HARVEY MACKAY

¡Paren el mundo!, me quiero bajar. Es lo que quisiera gritar. Esta mutación que sufrió mi vida, por más que quiero y me esfuerzo, no la puedo asimilar.

Después de andar del tingo al tango todo el día, de hablar a mis fuentes para comprobar cómo estaba todo, de leer los periódicos, de ver los noticiarios, de constatar que no se me hubiera ido la nota, de hacer enlaces en vivo para radio o televisión con el consiguiente nerviosismo y riesgo que ello implica, me vi encerrada de un momento a otro entre cuatro paredes. Tomen la frase al pie de la letra.

Es entonces cuando el perro, de verdad, se convierte en tu mejor amigo, porque es el único que está para oírte. Todos los demás tienen sus propias actividades.

Y ésta es otra de las interesantes historias que ahora vivo cada día.

Luego de convertirnos en una familia común, se decidió (¿?) que, como en toda familia que se respete, hacía falta una mascota. Antes, por supuesto, estaba el pretexto de que no había quien la cuidara, pero ahora está mamá para eso. “¡Claro que sí! Mamá está en casa todo el día. Compremos un perro.” Con un poco de la fortaleza que aún me queda, les recordé que a mí no me gustan los animales y que limpiar caca y pipí me provoca náuseas. “No te preocupes, la vamos a educar muy bien y, mientras tanto, prometemos limpiar nosotros.” Y la manipulación, una vez más, surtió efecto.

La encantadora Popy llegó a convertirse en el segundo bebé que nunca tuve. Peor aún, porque un bebé usa pañales y esta enana mordelona y destructiva ha dejado su marca a lo largo y ancho de la casa. Odio el olor a perro y, por supuesto, como nadie está la mayoría de las veces que a la inocente criatura se le ocurre hacer sus gracias, pues no paro de limpiar y limpiar y limpiar. Es más, ahora dedico mi tiempo a perseguirla por todos lados para evitar que muerda cuanto tapete, mueble, zapato o cualquier otro objeto se le atraviese. Pero, pobrecita, está tan chiquita que ni modo de dejarla en el patio. Además, la muy... simpática perra no quiere, por ningún motivo, dormir en otro lado que no sea debajo del lado de la cama donde yo duermo.

Estarán de acuerdo en que me merezco un monumento al cual podrían titular La estupidez hecha mujer. Sólo a mí se me ocurre echarme encima un problema más, al que, para colmo de males, ya quiero. Tan es así que se me ocurrió que la cachorrita me acompañaría por la niña a la escuela. Error fatal. Casi nos cuesta la vida. El dichoso can se la pasó saltando entre mis piernas mientras yo recibía recordatorio tras recordatorio de mi madre e innumerables gritos de "tenías que ser vieja". Por si fuera poco, se mareó y vomitó por todo el auto. Así que, además, me refiné todo el camino respirando un aroma verdaderamente asqueroso.

A mi hija le dio un gusto enorme ver a la perrita. Me pedía a gritos que la asomara por la ventana para que la vieran sus amigas, pero en cuanto se subió al coche, la puso en el asiento de atrás y le bloqueó el paso con la mochila. "Es que está muy inquieta y me rasguña." Para entonces yo estaba tan estresada que no pude discutirle que a mí me rasguña y se me encima todo el día, sin que pueda quejarme con nadie. Porque, eso sí, en el momento en que me oyen gritarle a la linda perrita porque está desbaratando el sillón de la sala, y después de que, a pesar de todo, ya la consentí durante varias horas, todos me voltean a ver como diciendo "pobre histérica".

No importa. En la foto anual seremos una familia normal, com-

pleta y feliz.

A pesar de todo, como les decía, el animalito es el que te escucha todo el día y al único al que no le importa si estás de buen o mal humor. Él, de todas maneras, mueve la cola. Todos los demás creen que una de las funciones de la mamá o esposa es escuchar. Eso no estaría mal si tú también tuvieras la oportunidad de ser escuchada. Claro, no puedo dejar de reconocer que ahora tampoco tengo muchas cosas interesantes que contar. ¿Ven? Yo misma me boicoteo.

Mis amigas de aquellos tiempos, que parecen tan remotos, se han ido esfumando poco a poco. Es lógico, estamos en canales totalmente distintos. Ellas están en el de las estrellas. ¿Yo? ¿En el del desagüe? Antes teníamos muchos temas de que hablar. Nos veíamos en la oficina. Teníamos problemas comunes. Criticábamos a algún compañero o vociferábamos contra uno de los jefes. Cuando de repente nos vemos, ya no somos las mismas. Bueno, yo no soy la misma. Desde que cambié el micrófono por la escoba, también tuve que cambiar de plática.

Sé que muchas estarán pensando: “¡A mí no me va a pasar eso!”

Yo así lo creía. Y no es que de la noche a la mañana te vuelvas una mujer inculta e insulsa. Lo que pasa es que la vida cotidiana, como ama de casa, te envuelve y atrapa de tal manera que tus intereses, y sobre todo tus prioridades, van cambiando y, por más que no quieras, los temas de conversación empiezan a girar en torno a lo que haces. El distanciamiento con tus antiguas amistades de trabajo se da en consecuencia.

Por ejemplo, hace un momento, cuando me levanté a la cocina por un café, mi adorada muchacha estaba lavando los trastes y de pronto se soltó como tarabilla:

Fíjese que Juanita, mi hermana, tiene un problema con Juan, su marido. Resulta que el otro día ella no le quería dar de comer porque llegó borracho y, entonces, yo me tuve que meter, porque como dice Rosa, mi cuñada, las mujeres tenemos que ofrecerle comida al marido aun y cuando llegue tomado, y yo le decía a mi mamá, Jesusa,

que porqué le daba la razón a mi hermana, cuando ella sí atendía a mi papá, José, a pesar de que él la golpeaba todo el día. Entonces, mi otro hermano, Pedro...

¿Entendieron algo? Pues yo, menos. Con la taza en la mano, dando pequeños pasos en reversa y con cara de what, me tuve que chutar todo el monólogo, porque, a final de cuentas, la pobre tampoco tiene con quién hablar. Pero imagínense a quién carajos le van a interesar los problemas de mi muchacha. Antes, en cambio, a cualquiera le parecía padrísimo oír anécdotas del trabajo. Si contaba que estaba en una nota donde tal o cual funcionario se había tropezado y caído al bajar unas escaleras, todo el mundo te prestaba atención. Igual sucedía cuando platicaba que había estado encerrada en la Torre de Rectoría de la UNAM el día que fue tomada por los estudiantes o todo lo que me tocó cubrir cuando mataron a Colosio y a Ruiz Massieu. No olvido cómo mis amigos o familia me llamaban siempre para decirme: "Anoche te vi en el noticiario. ¿Cómo está eso que dijeron los diputados?" Pero ya no hay qué contar. Son vivencias que ya no tengo.

Ahora son los problemas de mi marido, de mi hija, de mi muchacha, de mi casa. Ésa es mi vida cotidiana. Así que, por más que trates de mantenerte informada para tener conversaciones interesantes e inteligentes, la vida real te gana y, de pronto, te das cuenta de que estás hablando de cosas que, en verdad, a nadie le interesan. Ni a ti misma, que es lo peor.

En mi periodo de transición, por si fuera poco, mi marido entró a trabajar a Televisión Mexiquense. Y un día sucedió lo inevitable. Me pidió que nos fuéramos a vivir a Metepec, donde está ubicada la televisora, porque resultaba muy pesado ir y venir a la ciudad de México todos los días.

Mi primera reacción fue: "¡Estás loco de remate! ¿Qué demonios voy a ir a hacer a un pueblo?" Me convenció, para variar, de que fuera a conocer el lugar. Fui y, la verdad, me pareció bastante agradable.

A pesar de que jamás había contemplado la posibilidad de vivir en provincia por el ritmo al que estaba acostumbrada a llevar, por mi familia y por mis amistades, acepté.

Y una vez más caí en la cuenta de que soy santa Diana, virgen y mártir, porque no me arrepentí del todo, ya que, la verdad, la calidad de vida es superior a la de la ciudad de México. Mi hija podía salir con toda tranquilidad en bicicleta y, por supuesto, el estrés disminuyó en gran medida. ¡Vamos! La puerta de mi casa casi siempre estaba abierta sin seguro, quiero decir y jamás pa-só algo. Mi marido sólo tenía que cruzar la calle para llegar a su oficina.

Eso era maravilloso... sí, para ellos. Porque yo ahí no conocía a nadie. Mis amigos, los que me quedaban, estaban a muchos kilómetros de distancia y, por si fuera poco, el papá de mi hija quiso que su princesa siguiera estudiando en el Colegio Alemán, que para él es su alma máter. Y eso está muy bien, el señor quiere que su muñequita tenga la misma educación que él tuvo. ¡Perfecto! Nada más que la escuela está en Cuajimalpa. ¡Sí!, en el Distrito Federal. Así que me aventaba cincuenta y tantos kilómetros hasta cuatro veces al día para llevarla y recogerla. "La tienes fácil me dijo una señora, sólo tienes una hija." No quiero ni pensar en quienes la tienen difícil. De verdad las compadezco. Para mí, mi marido, mi hija, la perra y yo, somos una multitud.

VII

La democracia es el proceso que garantiza que no seamos gobernados mejor de lo que nos merecemos.

GEORGE BERNARD SHAW

La transición, per se, no es lo más complicado que debemos enfrentar, sino lo que trae como consecuencia. Se trata de la alternancia en el poder.

Cuando el PRI perdió las elecciones y las ganó el PAN, durante varios meses los equipos de Ernesto Zedillo y Vicente Fox trabajaron para que la alternancia se diera de manera pacífica, lo cual, afortunadamente, sucedió.

En mi caso no fue así. En la política hogareña, un paso de esta naturaleza, en lugar de resultar un avance hacia la democracia, se convierte en un retroceso total hacia la autocracia.

No hay negociaciones. Simple y llanamente, el que paga, manda. La voluntad de un solo hombre es la ley suprema.

Vives no en la casa que a ti te gusta, sino en la que él decide que puede pagar. Gastas en el súper únicamente la cantidad que él te fija. Mueres por cambiar los muebles, pero para lograrlo necesitas hacer una profunda labor de convencimiento. Tienes sirvienta exclusivamente si él acepta pagarla. Te compras ropa no cuando la necesitas o la quieres, sino cuando él arbitrariamente consiente en que lo hagas. Tiene que darse cuenta de que ya traes el pelo como Rapunzel para que acepte sin chistar que vayas a cortártelo, y siempre acompañado del inocente comentario: "¿Por qué te cobran tanto, si yo en la peluquería no pago más de cincuenta pesos?" Comes con tus amigos sólo si él está de acuerdo, y no precisamente porque le

tengas obediencia que en muchos casos también es así, sino porque necesitas que te dé dinero para hacerlo. Si la cuenta del teléfono sobrepasa los límites que él ha marcado, te expones a una llamada de atención. Si dejas muchas luces encendidas en tu casa, te llama desconsiderada. Necesitas demostrarle con pruebas fehacientes que la canasta básica aumentó de precio hace varios meses o que la inflación superó por mucho lo que el gobierno había dicho para que él acepte aumentarte el presupuesto. Y miren que lo he intentado todo. Hasta plantones en la sala de mi casa, emulando al férreo perredismo. Al igual que a ellos, a mí tampoco me ha funcionado.

Bajo este sistema hitleriano, lo único que nos resta es rogar que ellos tengan un poco de consideración y no decidan también hasta cuándo debemos vivir.

Lo único de democrático que vive un ama de casa es que ella, libremente, eligió a su verdugo. Y esto también está por discutirse, porque así como antes era el PRI y sólo el PRI nuestra única opción, nosotras tampoco tenemos mucho de dónde elegir. Por lo que he podido darme cuenta, todos, absolutamente todos, pobres y ricos, machos que se reconocen como tales o no, a final de cuentas, actúan de manera muy similar. Y no quiero decir que todos lo hagan de mala manera o te insulten o te golpeen. No. Hay quienes lo hacen así, pero los otros son manipuladores como nadie. Te hacen creer que tienes oportunidad de réplica. Nada más falso, porque siempre se acaba haciendo lo que ellos quieren. El poder que da el dinero. Ellos son como Estados Unidos y nosotras como México. Supeditadas y siempre obligadas a hacerles caravanas con tal de que suelten un poco.

Pensar en una guerra de independencia es una utopía. Tendríamos que quitarnos primero ese estigma que nos marca desde hace miles de años y que heredamos generación tras generación. Es fecha en que todavía muchísimas mamás educan a sus hijos varones para ser atendidos, y a las mujeres, para servir.

Recordemos simplemente cualquiera de los cuentos que leíamos en nuestra infancia. Blanca Nieves, Cenicienta, la misma Rapunzel

que ya mencionaba. En todos los casos la pobre muchacha necesita de un príncipe para encontrar la felicidad eterna. Este papel lo traemos tan metido en nuestro cerebritito, que la mayoría todavía cree que cuanto más cenicienta sea, mejor será el príncipe.

Error. Ningún cuento debería terminar diciendo: Se casaron y fueron muy felices. ¿Por qué no permitírnos conocer desde niñas la realidad? Lo correcto sería que el cuento prosiguiera diciendo: "Blanca Nieves dejó de lavarle y plancharle a su madrastra y luego a los siete enanos para hacérselo ahora a su marido, un príncipe que, por principio de cuentas, resultó no ser azul".

Entonces sí sabríamos a qué le tiramos. Podría asegurar que lady Di habría estado de acuerdo conmigo.

Estoy consciente de que, lo quiera o no, y mientras averiguo cómo lograr un verdadero final feliz, así me está tocando vivir. Pero, en tanto, me hace maldita la gracia desempeñar el papel de víctima que, por lo que he visto, es en lo que se convierten las amas de casa. Todo son quejas. Si el marido llegó tarde; si, según tú, no te escucha cuando le platicas; si tus hijos no llegan a comer; si la lavadora se descompuso; si la sirvienta lavó tu ropa blanca con la azul; si te quitaron la placa del coche por pararte en doble fila cuando te bajaste a comprar el pan. En fin, esto es justificable porque todo nos parece un grave problema, ya que en realidad no tenemos otros. Vivimos, actuamos y pensamos en función de los demás.

Cuando realizas alguna labor profesional y un día amaneces enferma, ¿qué haces? Hablas a tu oficina para avisar que no te presentarás y, por muy dedicada y responsable que seas, no te remuerde la conciencia todo el día. En cambio, si estás en tu casa y amaneces igual de enferma, de todos modos te levantas a mandar a tus hijos al colegio y sales hasta la puerta, ardiendo en calentura, a darles la bendición. Somos masoquistas, como lo señalaba antes, e insisto en que parece que nos encanta el papel de víctimas. Creemos que de esta manera nuestros hijos nos van a querer más y nuestro marido siempre va a estar ahí porque somos tan, pero tan buenas.

Colorín colorado, este capítulo se ha acabado.

VIII

Un fanático es alguien que no puede cambiar de opinión y no quiere cambiar de tema.

W. CHURCHILL

Es de sabios cambiar de opinión. Ahora que tengo mayor oportunidad de participar en las actividades escolares de mi hija, también he tratado más a las mamás de sus compañeros. Y me he encontrado con sorpresas muy agradables.

Una noche asistimos a una cena de papás del colegio y, la verdad, hacía mucho que no me reía tanto.

Una de las mamás contaba algo en lo que nunca antes había pensado. "En cualquier trabajo, como abogada, como médico, como secretaria o como lo que sea, en algún momento, a los asuntos que estás tratando, les das carpetazo y se acabó." Y continuó: "En cambio, el trabajo de ama de casa es como un círculo. Nunca sabes dónde empieza y dónde acaba, y así por los siglos de los siglos". Decía, "por ejemplo, lavas la ropa para que la ensucien y la vuelves a lavar y la vuelven a ensuciar, tiendes la cama para que la destiendan y la vuelves a tender y la vuelven a destender", pre-guntó: "¿Cuál es el fin de darles de comer a tus hijos?" Ella misma respondió: "Que caguen, y si no lo hacen, estás muerta de preocupación preguntándole todo el día: ¿mi hijito, ya fuiste al baño?"

¡Es cierto! Todos los días de tu vida son exactamente iguales. Vuelta y vuelta a lo mismo. Más te tardas en lavar los trastes del desayuno, cuando ya estás ensuciando otros para hacer la comida que se comen en cuestión de minutos, sólo para que tú, de nuevo, tengas

que lavarlos y, entonces, te digan otra vez que ya tienen hambre.

No lo duden, ésta es la realidad. Tan injusta como cuando tienes un hijo. Imaginen el panorama. Vas a salir del hospital. Estás gorda, adolorida, con leche saliendo a borbotones, sangrando, con un bebé que no sabes ni cómo cargar y con depresión posparto. En eso llega el feliz padre con un ramo de rosas que no puedes ni cargar. Él viene rasuradito, perfectamente vestido, muy sonriente y, lo que es peor, con el mismo, exactamente el mismo cuerpo de antes. Y, por si fuera poco, sabiendo que al día siguiente, con todo y que fue padre, continuará con sus mismas actividades. Para ellos la vida no cambia mucho, sólo, quizá, trabajar un poco más para mantener a su criatura. Pero para ti empieza un torbellino físico y mental. Cuando ya medio te recuperaste, te matas haciendo dietas y ejercicio para que no se te vaya a ir el hombre con una de mejor cuerpo. Como si el hijo lo hubieras hecho tú sola. A veces me dan ganas de escribir una carta pidiendo ser hombre en mi próxima vida.

A propósito de esto, me encontré un poema del que, lamentablemente, desconozco el nombre de la autora. Es interesante ver cómo las amas de casa, aquí y en China, opinamos, pensamos y sentimos lo mismo.

EL AMA DE CASA ESTAFADA POR LA PUBLICIDAD

Soy la madre del torero, frota que te frota.
No hay quien limpie este capote, admitiré mi derrota
en la batalla diaria contra la suciedad.
Soy el ama de casa estafada por la publicidad.
Soy la madre del superhéroe, frota que te frota.
Otra vez trajo la capa ensangrentada y rota,
estos supervillanos acabarán con mi moral.
Soy el ama de casa estafada por la publicidad.
Soy la madre del hooligan, frota que te frota.
En el partido contra Italia, mi niño echó la pota,
pero, pobre angelito, son cosas de la edad.

Soy el ama de casa estafada por la publicidad.
Y aunque en los anuncios siempre sale una señora
que saca la ropa planchada de la lavadora,
lo he probado y te juro que no puede ser verdad.
Soy el ama de casa estafada por la publicidad.
Soy la chacha lavando los trapos sucios de la sociedad.

Por supuesto que somos estafadas por la publicidad. Una publicidad subliminal cuya manipulación camuflada nos lleva a actuar de una manera determinada.

Veamos algunos ejemplos, y sólo de un mismo producto, de estos comerciales de televisión.

Ejemplo 1. Una familia compuesta por la mamá, el papá, un hijo y una hija, se encuentran sentados en la mesa comiendo. Al terminar, la mamá inocentemente pregunta: “¿Quién lava los trastes?” Uno por uno van diciendo “zafo” y salen huyendo de la cocina. La mamá, muy sonriente, dice: “No importa, con Ariel lavatrastes quitar la grasa es muy fácil”.

Ejemplo 2. Dos parejas acaban de comer. Una de las mujeres les dice a los hombres: “¿Nos llevan al cine?” Ellos, que ya se han sentado a ver el fútbol en la televisión, contestan: “Huy, pero de aquí a que acaben de lavar los trastes ya va a ser muy tarde”. Ellas, usando otro poderoso lavatrastes, en cuestión de minutos arreglan la cocina.

Ejemplo 3. Aparece un hombre medio desnudo roncando a pierna suelta. En eso entra una mujer muy sexy que luego de ver al tipo dormido refleja una profunda frustración. Se escucha la voz del locutor diciendo: “Para que no se le duerma, use el mejor, más rápido y eficaz lavatrastes”.

El mensaje que nos mandan estos anuncios que cada día aparecen en la televisión es que debemos sentirnos muy satisfechas porque alguien inventó un producto que nos permite quitarles la grasa a los trastes dizque para facilitarnos el trabajo del que no nos

vamos a salvar por nada del mundo, y que, además, si tienes ganas de ir al cine o de hacer el amor, más te vale que laves los trastes rapidito.

Del mismo estilo es toda la publicidad con la que constantemente somos bombardeadas. Siempre nos recuerdan cuál es nuestro papel en la sociedad. Tu marido va a estar muy contento si, al llegar a casa, ésta tiene un agradable aroma porque trapeaste con determinado producto. La familia te besará y abrazará si la sopa la preparaste con el consomé adecuado. Sólo si usas una crema determinada, tu hombre no te dejará por una mujer más joven. Y únicamente serás una buena madre si tus hijos llegan a comer con diez amigos, sin avisar, y tú, feliz de la vida, les preparas sándwiches con pan Bimbo, que tiene vitaminas.

“Soy el ama de casa estafada por la publicidad.”

¡Qué frase más sabia!

IX

El secreto de un matrimonio feliz es perdonarse mutuamente el haberse casado.

SACHA GUITRY

Un buen día te descubres haciendo (shhh) lo que delante de nadie reconoces: viendo telenovelas. Una profesionista, una mujer inteligente, culta, preparada, ¿viendo telenovelas? ¡Sí!

Increíblemente, pueden volverse una genuina distracción, por no decir que tal vez la única. O quizás hay un momento en que una se convence de que ver telenovelas es el camino más corto para convertirse en una verdadera y digna ama de casa. Por supuesto, están hechas para eso, para impedirnos pensar y mantenernos embrutecidas, más interesadas en el destino de la heroína que en el propio. Resultan un buen escape de la realidad, una realidad que puede ser brutal conforme vas adentrándote en ella. Para muestra, un botón: la definición de la palabra ama, según el diccionario es “criada superior o principal de una casa”. ¡Guau! Eso es para alentar a cualquiera.

Casi se me estaba olvidando la definición al entrar a Sam’s, lugar adonde siempre voy a ejercitar mi cerebro, cuando una amable señorita me ofreció una tarjeta de crédito, por supuesto, del almacén. Inmediatamente pensé que sería muy conveniente para evitarme la molestia de pedir dinero cada vez que voy al súper. En ese momento olvidé que yo no soy la yo de antes.

Al momento de llenar la solicitud, en el espacio donde se pide “profesión u oficio” me quedé pasmada por no sé cuánto tiempo.

¿Qué ponía? Entonces la definición volvió galopante a mi mente. ¿Que era la criada de mi casa? Qué momento más bochornoso. La señorita me miraba como preguntándose si yo era tarada, o tal vez ladrona y buscaba qué inventar. Pero, de verdad, no sabía qué poner. Mi mano se negaba a escribir ama de casa. La pluma se tambaleaba al mismo ritmo que mi mente. Nunca un espacio en blanco me pareció tan abrumador. Por fin tuve una idea genial. Mi profesión seguiría siendo la misma, la ejerciera o no, fue lo que me dije, y con gran sonrisa escribí periodista.

Respiré tranquila y pensé: “ya la hiciste”. Como aún no había iniciado mis cerebroaeróbicos del día, no se me ocurrió que todavía me esperaba una dificultad mayor, hasta que leí: “Ingresos mensuales _____”. Era todo lo que me faltaba. No sabía qué hacer. Mi dignidad estaba en juego. Pasados unos minutos de estupefacción, me tragué la humillación y, con mi mejor sonrisa, levanté la cara, hice gala de toda mi entereza, miré fijamente a la mujer y le dije: “Mire, señorita, lo que pasa es que por el momento no estoy trabajando. ¿Le pongo los datos de mi esposo, o qué?” La respuesta amable de la también sonriente joven fue: “No, no se preocupe, déjelo así, en quince días le avisamos si su solicitud fue aceptada”.

Entré al establecimiento sabiendo lo que comprobé pasados los quince días. Nunca iban a llamarme.

No es posible que, además de ser ama de casa con la connotación, repito, de criada, tengamos que ser totalmente dependientes. Ya ni de una tarjeta bancaria puedo ser la titular. Recuerden la publicidad. Esa de Mujer Banorte no es tan fácil de obtener. No queda otra más que tener una extensión de la de tu esposo y, entonces, siempre quedas bajo su escrutinio. Eso es realmente injusto.

La Navidad pasada, por ejemplo, le compré a mi marido un regalo que nunca pudo ser sorpresa. Antes de que pudiera dárselo, le llegó el estado de cuenta. “¿De qué será esta cuenta del Palacio de Hierro, mi amor?”, me preguntó. “Ni idea”, respondí. “Haz memoria insistió, porque si no, tendremos que reclamar”. Para entonces ya estaba

furiosa y le acabé gritando en la cara: "Es tu regalo, pendejo".

Resulta de lo más frustrante. Por eso ya decidí que la próxima vez que tenga que hacerle un regalo será una tarjeta o una cartita o cualquier cosa que pueda pagar con mi miserable presupuesto, o con lo que me sobre o pueda guardar de, como le dicen, el gasto.

Cuando recibía mi sueldo, por supuesto libre de vigilancia, me encantaba ir de shopping en Navidad. Hacía la lista de las personas a las que iba a regalarles algo: él, mi hija, mi mamá, mi papá, mis hermanos, mis suegros, mis cuñados, mis amigos, mis tíos. Les compraba lo que se me antojaba sin fijarme en los precios. Ahora, en cambio, cada vez que voy a elegir algo, pienso: "Chin, está muy caro, ¿le importará si lo compro? No, mejor esta mascadita que está más barata". Conclusión: no fui la única que salió perdiendo.

A veces creo que soy demasiado considerada, pero lo cierto es que gastar el dinero de otros no es tan fácil como suponía.

Ése es otro problema cuando has trabajado fuera de la casa, porque piensas: "Sé que ganar dinero no es fácil". "Pobre, tengo que ser ahorrativa." "Híjole, yo aquí, sin hacer nada productivo (¿?) y gastando tanto."

¡Ojo con estos pensamientos! No son gratuitos. Simplemente recuerden cuando platican con ellos y les dicen: "Qué cara está la vida, ¿verdad?, las cosas están tan difíciles, pero, bueno, qué te cuento a ti. Tú que has trabajado sabes..." Esto puede ser tan repetitivo que se queda grabado en la mente y de esa manera logran su objetivo: hacernos sentir mal.

La verdad es que, si tuviera tiempo, me lanzaría como diputada. Levantaría la voz de las amas de casa para exigir que se nos pague un salario. Que se nos den todas las prestaciones de la ley: aguinaldo, vacaciones pagadas y derecho a jubilación, y que, además, se nos incluya dentro del producto interno bruto y se valore nuestra labor a precios del mercado. Entonces sí, estarán de acuerdo, el término criada estaría bien empleado, porque servirías a cambio de una

paga que, por supuesto, sería acorde a tus habilidades. Justo, ¿no? Y, aun así, saldrían ganando, porque si tuvieran que pagar por separado cada servicio que da un ama de casa, les costaría mucho más. Imagínense: a la sirvienta un sueldo; a la amante, otro; a la nana, uno más, y ni qué decir el de la costurera, la en-fermera, la electricista, la decoradora, y así un gran etcétera.

¿Por qué no podemos lograrlo en México si en algunos países esto ya está sucediendo?

En Francia existe un estatuto social del ama de casa y de la madre que regula su situación, además de que otorga una ayuda económica al tercer hijo. En Suiza se le proporciona una pensión de jubilación, viudez y por el cuidado de los niños. En Alemania se tienen en cuenta los periodos de educación de los hijos para el cálculo del seguro de la vejez, y en el País Vasco hay una desgravación fiscal para las amas de casa.

Bueno, ése es motivo de otra historia. Aunque, pensándolo bien, sí es motivo de ésta.

Ahora que mis amigas son muy diferentes a las de antes, he aprendido infinidad de cosas que entonces pasaban inadvertidas. Tan sólo pensemos, ¿qué pasa cuando una mujer se divorcia? A una mujer, me refiero, que renunció a su profesión para dedicarse a su casa.

Fíjense bien y, si aún están trabajando, por favor ahorren y nunca, nunca, le digan al en ese momento hombre de su vida que tienen dinero guardado. Aquí les va el porqué.

Resulta que, por gusto o por disposición del hombre en cuestión, dejas tu trabajo. Te dedicas, como ya lo hemos dicho, a ser la criada de la casa y pasan los años. Un buen día, por la razón que sea, tu marido te bota con la mano en la cintura. Y digo te bota porque no hay una palabra que defina mejor lo que sucede. En es-te país las leyes son bastante machistas, así que, hagas lo que hagas, lo demandes y supuestamente el juez le exija que te pase una pensión y no sé cuántas cosas, la realidad es que no hay poder humano que lo obligue a darte un quinto, y menos si los hijos ya son mayores de

edad. He sabido de algunos casos en que la mujer incluso ha tenido que sacar a sus hijos del colegio porque ya no puede pagarlo y el tipo, dizque padre de los niños, simplemente no aparece por ningún lado. O de otras a las que el divorcio les costó quedarse sin coche, sin casa y hasta sin calzones. Se pasan la vida persiguiendo al fulano para tratar de que les dé algo, ni más ni menos que como cualquier limosnero.

Alguien me contaba lo que tiene que hacer para sacarle unos cuantos pesos a su ex marido. Él paga la renta, la luz y las cole-giaturas. También el súper, aunque sólo si él la acompaña cuando va de compras. Hasta suelta una lana diaria para el taxi que lleva a los niños al colegio, ya que en el proceso de divorcio le quitó el coche a su mujer. Pero a ella no le da ni un quinto en efectivo. La desdichada mujer, entonces, no cuenta con un solo centavo. Ya se imaginarán los milagros que tiene que hacer si no calcula bien y las cebollas se le acaban antes de lo previsto. Como, a pesar de todo, es bastante ingeniosa, además de simpática, me explicó lo que hace para sobrevivir. Fíjense al grado que llega, y lo que les voy a narrar es tan solo una de las muchas cosas que tiene que maquinar.

Un día, una amiga le mostró los pantalones de hombre que se dedicaba a vender. Variaban en precio. Había de 300, 600 y 800 pesos. Se le prendió el foco y, al recordar que se acercaba el cumpleaños de su ex, al que a pesar de todo ve con cierta frecuencia, decidió comprarle unos de 300. Eligió a propósito una talla menor a la que usa el interfecto. El gran día se los dio. Él, entre asombrado y contento, se los probó. Por supuesto, le quedaron chicos. Ella prometió cambiárselos. Lo hizo. Ahora sí era la talla correcta y costaban los mismos 300. Le quedaron perfectos. Además, en esta ocasión al ex marido le gustaron más porque ahora ella había cuidado mucho al elegir su color favorito. Fue entonces cuando ella le soltó: "Se te ven padrísimos, pero hay un problema". "¿Cuál?", preguntó él. "Los otros, los que no te quedaron, costaban 300 y estos son de 800, y yo, la verdad, no tengo para pagar tanto". A lo que el buen hombre,

de cualquier manera encantado con el detalle, le respondió: "Ah, no te preocupes, yo te doy lo que falta". Así las cosas, la susodicha, de la cual por cierto omito su nombre por obvias razones, recibió los \$500 de la supuesta diferencia. De manera que pudo pagar los 300 que en realidad le costaron los pantalones y quedarse con 200 para ella.

¿No les parece increíble? Sin embargo, no es lo peor que he escuchado.

En una reunión me enteré de otro caso: una señora, después de veinte años de casada, tuvo que tragarse la humillación y dejar que pisotearan su dignidad cuando se vio en la necesidad de perdonar la descarada infidelidad de su marido, porque éste la amenazó con dejarlos en la calle, a ella y a sus hijos.

Mientras lo contaba, yo no podía dejar de pensar que estaba cometiendo un error. ¡Que lo mande a la goma! Y me decía a mí misma que era mejor que se metiera a trabajar como sirvienta a permitir lo que el fulano le estaba haciendo. Sin embargo, conforme avanzaba su narración, fui entendiendo sus razones. De su decisión dependía el futuro de sus hijos que, como siempre, pareciera que son sólo nuestros. En este caso particular, ella no podía tener grandes aspiraciones. Conseguir un buen empleo estaba lejos de su realidad. Se casó a los dieciséis años, terminó los estudios básicos y, como el marido tenía una buena situación económica, ella nunca trabajó. "¿Qué hago? preguntaba. ¿De un día a otro les cambio a mis hijos su calidad de vida? ¿Tengo derecho a quitarles todo a lo que hasta ahora han estado acostumbrados?"

Con la plática, mi opinión sobre el caso iba modificándose. Cuando los hijos están de por medio, todo cambia, créanme, nada es igual. Tomar decisiones que los afecten no es fácil, nada fácil. Hasta cierto punto, entendí por qué aceptó esa infidelidad, como seguramente aceptará muchas cosas más. Sólo espero no verme en una disyuntiva semejante.

Así, por el estilo, he tenido oportunidad de conocer muchos casos en los que casi siempre el ex asegura: "Si quiere dinero, que trabaje".

Es muy fácil decirlo, pero en la mayoría de los casos, cuando esto sucede, ya perdiste todos tus contactos, perdiste práctica y, además, ya no tienes edad para que alguien te dé un empleo. Por eso hay tantas abogadas, doctoras, secretarias y... reporteras, vendiendo ropa en abonos.

Perdónenme, pero eso no podemos más que llamarlo crueldad. Es para volver loca a cualquiera, aunque luego los estúpidos crean que la locura y la depresión son por amor.

Tenemos que volver, entonces, a la injusticia de las leyes. Si durante años una mujer es la criada de la casa, en el momento en que es relevada de sus funciones debería tener derecho a una liquidación de por lo menos veinte días por año trabajado, aguinaldos y vacaciones no pagadas. Es lo mínimo que deberíamos exigir que se estipule en todo contrato matrimonial o cuando se demuestren ciertos años de concubinato.

Nadie se casa pensando que se va a divorciar. ¡Qué idiotez! Deberíamos no sólo pensarlo, sino considerarlo como una posibilidad absolutamente real. Los sueños color de rosa, por desgracia, no siempre son eternos y hay que estar preparadas para lo que venga, porque si no, te agarran como al Tigre de Santa Julia.

Muy enamoradas firmamos el acta de matrimonio, sin exigir que se modifique cláusula alguna. Vamos a suponer que nos casamos por bienes separados. Si de entrada tú ya no trabajas, ¿pues con qué demonios vas a aportar dinero o bienes a la sociedad? Conclusión: al divorciarte te quedas con lo que llegaste. Es decir, con nada, sólo que muy trabajada y mucho más vieja.

Ahora, supongamos que vas a ser de esas afortunadas que pasan cincuenta años con el amor de su vida. ¿Cuándo demonios te jubilas? Cuántas viejitas no hemos visto que le siguen lavando los calzones al marido, quien, por supuesto, sí se jubiló y se la pasa horas sentado viendo la televisión.

Hay, además, otros casos que ejemplifican lo anterior. El marido se queda sin empleo y pasan los meses y resulta que, por la razón

que sea, no encuentra trabajo. La mujer, como siempre dispuesta a todo por su familia, entra al quite. Empieza a trabajar como loca vendiendo pasteles, haciendo manualidades o lo que pueda. Cuando llega a su casa, una de dos: o encuentra al señor muy enojado porque se tardó mucho y la bombardeará con miles de preguntas sobre dónde estuvo, qué hizo y con quién; o se topa con un pobrecito hombre que no deja de decirle lo cansado que está porque preparó la comida por única vez. Peor aún, muchos ven afectado su estúpido machismo al grado de no soportar que la mujer mantenga la casa. Estos conflictos, por lo general, culminan en el divorcio.

De verdad que ni para dónde hacerse. Como dice mi hija: "Está cañón".

X

El porvenir de un hijo es siempre obra de su madre.

NAPOLÉON BONAPARTE

Mi entrada al mundo hogareño, con el consecuente sentido de despersonalización que empecé a sufrir, me ha llevado a investigar mucho sobre las amas de casa. Buscaba una respuesta alentadora a ese trabajo que, por no ser remunerado, nadie lo considera como tal. Es más, es un papel totalmente desprestigiado. Sobre todo si consideramos que en la familia tradicional a la mujer se le pide, entre muchas otras cosas, abnegación. Y la definición de la palabra abnegación es “negarse a sí mismas”.

Por ejemplo, si en internet buscas ama de casa, lo único que encuentras son títulos tan interesantes como “El manual perfecto para el ama de casa desordenada”, “Cómo mantener contenta a tu pareja”, “Cocina ideal para hijos sanos”, y así cientos de títulos por el estilo. Afortunadamente, no se les olvidó la diversión y a alguien se le ocurrió poner una página hot con fotografías de hombres guapos desnudos. Bueno, eso dice la portada, porque, como ya les dije, no cuento con esa añorada tarjeta de crédito con la que pueda hacer lo que se me dé la gana y no pude entrar a verlas.

En este periodo de incansable búsqueda, probablemente tratando de encontrar mi nueva personalidad, encontré lo que define a la perfección mi actual estado anímico. Se trata del burnout. La palabra significa, literalmente, quemado o fundido. Para ser más específica, es como lo que les sucede a los focos después de cierto tiempo de uso. Bueno, pues con este término se denomina ahora al estrés

laboral crónico. Un síndrome que aúna cansancio emocional y sentimientos de baja realización personal en el trabajo. Una enfermedad que muchos psicólogos ya han relacionado estrechamente con las amas de casa.

Según un estudio realizado por la doctora española Emma Pascual, muy pocas mujeres se declaran amas de casa por vocación (no, pos sí) y, en general, se sienten insatisfechas por la manera en que funcionan sus familias y por lo poco en que son apoyadas por sus parejas e hijos cuando buscan autorrealizarse. El estudio, titulado El ama de casa y el burnout, señala además que, en lo que respecta a la salud, las amas de casa presentan diversos trastornos físicos provocados por la ansiedad y la depresión, en muchos casos requieren de ayuda médica, ya que estos síntomas se intensifican a tal grado que son capaces de orillar al suicidio.

¡Nada más eso me faltaba! Ya hasta veo mi velorio con todos los asistentes preguntando: "¿Por qué se mató?" "Porque padecía burnout". "¿Qué?" "Sí, porque era ama de casa". ¡Qué horror! Me da pena de antemano.

Pero realmente es un tema que debería de tomarse más en serio. Recordemos un caso muy sonado en Estados Unidos, cuando una mujer que, según se dijo, padecía depresión posparto, agravada por el hecho de permanecer siempre dentro del hogar, decidió ahogar a sus cinco hijos en una tina de baño. Esta mujer, sin duda, padecía burnout y nadie lo detectó. Es una enfermedad real a la que nadie le ha dado importancia.

Algunas estadísticas señalan que el oficio periodístico ocupa el segundo lugar entre las profesiones que más estrés provocan, sólo por debajo de la de presidente de la República. Claro, como el ser ama de casa no es ni una profesión ni un trabajo ni un carajo, nadie lo considera. Eso es lo más desmotivante.

Lo cierto es que a mí me provoca mucho más tensión que cuando me enfrentaba a un importante personaje o cuando corría porque creía no llegar a tiempo a una nota.

Hace un par de años leí un artículo del periodista Andrés Co-rra Guatarasma en el periódico El Universal. No sé por qué extraña razón lo guardé. En aquel entonces nunca me imaginé que un día lo utilizaría. Se trata de un programa diseñado por una administradora llamada Jacqueline de los Ríos, que señala que el ama de casa tiene un nivel similar al de un gerente en cualquier empresa. Hasta aquí suena bonito. Pero veamos. Y cito textualmente lo que, según este artículo, ella asegura:

¿Qué se le pide a un gerente? Que disminuya los costos, planifique las tareas con un presupuesto, que automatice todo y le saque el máximo provecho y rendimiento a su personal. Todo eso es aplicable en el hogar en cuatro pasos: planificación, organización, ejecución y control. Ello se logra a través de una serie de metas: disminuir los costos (aprender a hacer mercado y a usar racionalmente los servicios), sacarle el máximo provecho al tiempo, utilizar todas las facilidades electrodomésticas posibles y distribuir tareas entre todos los miembros del hogar (no como castigo, sino para crear hábitos de responsabilidad). El éxito de un ama de casa va más allá de la eficiencia y el ahorro, pues de su rol depende en buena parte la salud, la prosperidad y la felicidad de toda la familia. Y ese debe ser el objetivo más importante a alcanzar, pues el hogar es el centro de formación ciudadana.

Imagínense si no vamos a tener un grado de estrés en pocos casos superado. Aparte de la friega diaria, tenemos la responsabilidad enorme de formar a los ciudadanos de este mundo. No dudo que, en cualquier momento, se realicen reformas al Código penal con el fin de que sea su madre, y no el asesino, ladrón o violador, quien purgue una condena.

“Detrás de todo gran hombre hay una gran mujer”, un dicho que nada más sirve para echar sobre nuestros hombros una responsabilidad más. Si él no prosperó, es tu culpa, no importa que en realidad sea un flojonazo al que no puedes mover ni con grúa. Y si alguno de tus hijos es infeliz porque lo dejó su novia, también es responsabi-

lidad tuya porque tal vez no lo enseñaste a mantener una relación. Ya me estoy creyendo lo que, dizque en broma, me dice mi marido cuando vamos de compras y no me deja cargar ni una bolsa: "Tú no cargas con nada. Sólo con la culpa". Y ésa, ésa sí que pesa. Pero no debería extrañarnos. Las mujeres hemos cargado con la culpa desde el origen mismo de la vida. Sólo como ejemplo mencionaremos a Eva, culpable según los católicos de que hayamos perdido el paraíso. O a Pandora, quien, de acuerdo con la mitología griega, es responsable de haber dejado salir de una caja todos los males del mundo.

No cabe duda de que nos han agarrado de su barquito, y el sexo masculino cree, firmemente, que nosotras, en pleno siglo XXI, tenemos que seguir pagando por el pecado original. Mea culpa, mea culpa. Y luego nos llaman histéricas. "Seguro ya te bajó la regla." "Estás menopáusica." No, señores, simplemente padecemos burnout. Ahora ya lo saben. Es un síndrome científicamente comprobado. No todos nuestros achaques son producto de las hormonas, sino producto de una sociedad misógina. He dicho.

XI

Quien tiene el espacio, tiene el poder.

CARLOS HAUSHOFER

Soy abogado, soy doctor, soy licenciado, soy maestro, soy secretaria, soy vendedor, soy estudiante... Todos estos títulos, que siempre suceden al soy, hacen que el Yo se infle como un globo hasta el punto máximo antes de estallar. El Yo soy convierte al ego en superego y ofrece a quien lo porta una dulce sensación de superioridad. Pero nadie te dice "Yo soy una persona". Pareciera que la identidad te la da únicamente el título.

Pero no cualquier título. Cuando dices "Yo soy ama de casa", siempre hay alguien que pregunta: "Bueno, sí, pero ¿haces algo o te dedicas a algo?" Si respondes que no haces otra cosa, entonces te borran del mapa y pierdes tu identidad para convertirte en la hija de, o en la mamá de, o en la esposa de, o simplemente en la señora de la casa...

En este sentido, Lourdes Esquivel, por cierto también ex reportera, me envió un correo electrónico que narra precisamente el caso de una mujer que luego de ser vista con desdén en varias ocasiones cuando se decía ama de casa o mamá, decidió cambiar de táctica. Ésta es la historia que se desarrolló en una oficina gubernamental:

Fui recibida por una funcionaria que se encontraba sentada en un escritorio donde con letras doradas se podía leer su despampanante título: investigadora oficial.

¿Cuál es su ocupación? me preguntó ella.

¿Qué me hizo contestarle esto? No lo sé, pero las palabras simplemente salieron de mi boca:

Soy investigadora asociada en el campo del Desarrollo Infantil y Relaciones Humanas.

La funcionaria se detuvo, el bolígrafo quedó congelado en el aire y me miró como si no hubiese oído bien. Repetí el título lentamente, poniendo énfasis en las palabras más importantes. Luego, observé asombrada como mi anuncio era escrito en tinta negra en el cuestionario oficial.

Me permite preguntarle dijo la funcionaria, con un aire de interés, ¿qué es exactamente lo que hace usted en este campo de investigación?

Con una voz muy calmada y pausada me escuché contestarle:

Tengo un programa continuo de investigación (¿qué madre no lo tiene?) en el laboratorio y en el campo (normalmente me hubiera referido a lo anterior como “adentro y afuera”). Estoy trabajando para mi maestría (la familia completa) y ya tengo cuatro créditos (todas mis hijas). Por supuesto que el trabajo es uno de los que mayor demanda tiene en el campo de humanidades (¿alguna madre está en desacuerdo?) y usualmente trabajo catorce horas diarias (en realidad son más, como veinticuatro). Pero el trabajo tiene muchos más retos que cualquier trabajo sencillo, y las remuneraciones, más que económicas, están ligadas al área de la satisfacción personal.

Se podía sentir una creciente nota de respeto en la voz de la funcionaria mientras completaba el formulario. Una vez terminado el proceso, se levantó de la silla y personalmente me acompañó a la puerta.

Al llegar a casa, emocionada por mi nueva carrera profesional, salieron a recibirme tres de mis asociadas en el laboratorio, de trece, siete y tres años de edad. Arriba podía oír a nuestro nuevo modelo experimental, en el programa de desarrollo infantil (de seis meses de edad), probando un nuevo patrón en vocalización. Me sentí triunfante. Le había ganado a la burocracia. Había entrado en los registros oficiales como una persona más distinguida e indispensable para la humanidad que sólo como una madre más.

Me parece increíble el grado de desprecio y desinterés que se les tiene a las mujeres que trabajan en el hogar, a las madres de familia. No es posible que debamos inventarnos un título más que pomposo

para ser tratadas con dignidad y para, repito, tener identidad.

Esto es, sin duda, algo que hemos permitido a través de toda la historia de la humanidad. Nosotras mismas devaluamos nuestro trabajo. Somos las primeras en sentirnos avergonzadas por ser simples amas de casa. Y, la verdad, a pesar de mi situación actual, Yo considero que Soy muchísimo más que la tal de alguien. Sin embargo, me enoja darme cuenta de que, para ser respetada, debo vivir detrás de una máscara de falsedad que me impide saber hasta en qué pienso Yo cuando digo Yo.

Y así lo ejemplifica Rosina Guerrero de Alvarado en la página de internet <www.tubrevespacio.com>.

AMA DE CASA

Porque soy ama de casa,
desprecias mi condición.
Olvidas que por amarte
ésa fue mi profesión
y de ella me enorgullezco.
Gracias a mí, tú has tenido
un hogar bien cimentado,
aunque lo hayas olvidado.

Por mi gran amor hoy tienes
hijos que te han respondido,
porque yo estuve pendiente
de su enseñanza y su fe.

Tú nunca has tenido tiempo.
Te han absorbido tus cosas.
Llegas cuando están dormidos,
fatigados de esperarte.

Cuando te veía llegar
con el fracaso en las manos,

dime quién te impulsó entonces
a convertir tus derrotas
en triunfos y curó siempre
sin ser doctor tus heridas
y calló todas sus ansias
para no mortificarte.

Tienes razón.

No he tenido
título universitario.

Me tocaron otros tiempos,
otra etapa, otras costumbres.

No me tocaron los tiempos
de pañales desechables,
de alimentos envasados
ni estudios complementarios.

Lavé y planché con cariño
miles, miles de pañales,
cuya albura comparaba
con el amor que te tenía,
y mi tiempo, todo entero,
me lo pasé preocupada
pensando de qué manera
el presupuesto ajustara.

Hoy desprecias mi figura
porque al paso de los años
fui perdiendo la esbeltez
y mi pelo ha encanecido.

¿No te devuelve el espejo,
cada mañana al mirarte

la imagen de algo distinto
a lo que fueras ayer...?

Ama de casa tan sólo
dice la ficha del censo.

Y agregarle no he querido
que también he sido novia,
esposa, doctora, amiga;
maestra de economía,
promotora de ilusiones
e impulsora de victorias...

XII

Los ejemplos son diez veces más útiles que los preceptos.

CHARLES JAMES FOX

Si eres periodista, has sido o estás en proceso de serlo, seguramente recordarás las sabias enseñanzas de tus maestros.

Esas primeras lecciones en las que nos macheteaban que toda buena nota siempre debe responder cinco preguntas básicas: ¿qué?, ¿cuándo?, ¿cómo?, ¿dónde? y ¿por qué?

Como me considero una buena reportera, en este escrito no podían faltar estos cuestionamientos, aun y cuando no estén precisa y correctamente respondidos.

QUÉ: de la noche a la mañana me convertí en lo que nunca creí. En una más entre millones que viven vivimos únicamente para y por el beneficio de otros.

CUÁNDO: el día que atravesé por última vez la puerta de Televisa rumbo a la calle, claro. La fecha parece tan lejana que no puedo o no quiero recordarla.

CÓMO: con una liquidación en mi bolsa que, ilusamente, creí me iba a durar mucho tiempo. Más me tardé en decidir en qué gas-tármela, cuando ya lo había hecho.

DÓNDE: donde estoy ahora es lo que importa. Donde estuve entonces ya ni a mí me interesa.

POR QUÉ: porque no tuve la suerte de nacer en una época en la que los hombres fueran los amos de casa.

Jóvenes prospectos de periodistas, nunca olviden la lección. Sus maestros no están equivocados. Estas preguntas siempre, de una u otra manera, tienen respuesta. Y, como verán, no nada más para una nota. En la vida real siempre hay que contestarnos estas preguntas aunque, para serles franca, no siempre es fácil. ¿Para qué menosprecio su inteligencia si ustedes, seguramente, ya se dieron cuenta? Y, en serio, aplicarlo en nuestra vida diaria es mucho, pero mucho más difícil, que hacerlo en nuestro trabajo.

A pesar de esas respuestas que tengo clavadas en la mente, tengo la certeza de que todavía no son las definitivas. Aún quiero saber QUÉ voy a hacer el resto de mi vida. CÓMO voy a superar esta transición sin que se me vaya la vida en ello. CUÁNDO me voy a convencer de que estoy en lo correcto. DÓNDE quedará mi vocación periodística. POR QUÉ no puedo ser la mamá perfecta y la esposa perfecta sin tener que dejar de hacer lo que más me gusta.

Si algún día llego a obtener las respuestas, y a ustedes les interesa, se las haré saber.

XIII

La vida es aquello que te va sucediendo mientras te empeñas en hacer otros planes.

JOHN LENNON

Indiscutiblemente, somos marionetas del destino. Por más planes que hagas, cosas que decidas o sueños que tengas, un buen día las circunstancias te obligan a cambiar radicalmente de modo de vida o de pensamiento.

En uno de los promocionales de Noticieros Televisa, aparecía Claudia Flores Barreto diciendo: "Qué importa trabajar sin horario cuando tu vida está llena de sorpresas... No cambiaría mi trabajo por nada... Soy reportera..."

¡Claro! Eso lo puede decir ahora. Ya le preguntaré dentro de algunos años.

Les digo que todas creemos que la liberación femenina fue real y que podremos hacer lo que nos venga en gana toda nuestra vida. Pero ¿qué tal cuando tienes a un niño en casa que te espera, te necesita y exige tu presencia? Es entonces cuando empiezan las dificultades. Los niños son chantajistas por naturaleza, ¡y si vieran los dramas que arman cuando necesitas dejarlos por un rato! Y, al decir niño, no me refiero sólo a los hijos, sino también al marido. Los chantajes pueden ir desde el derramamiento de algunas lágrimas, hasta un aumento real de temperatura. Eso en el caso de los niños. El infante mayor, tu marido, puede decirte la pena que siente porque justo ese día necesites salir, cuando él tenía planes románticos contigo.

Volviendo al caso de Claudia, tomando la frase como simple referencia, lo que ella dice en el promocional lo hemos pensado todas en un momento dado. Lamentablemente, llega un día en que te das cuenta de que trabajar sin horario no es compatible con tu vida matrimonial, y que, a menos que quieras quedarte so-la, debes dejar esa profesión que tanto te gusta.

Además, tienes tantas otras preocupaciones que ya ni siquiera disfrutas tu trabajo como antes. Por ejemplo, cuando estás soltera y sin hijos, te vas de viaje sin problema, te arriesgas a hacer lo que sea y no piensas en nada que no sea cumplir con la chamba. Después, las cosas se complican. Empiezas a pensar: ¿qué tal si me matan los de la manifestación?, ¿qué tal si se cae el avión?, ¿qué va a ser de mis hijos si muero? O ¿qué tal si se enferma mientras estoy a miles de kilómetros de distancia?

Cuando estos conflictos empiezan, de ninguna manera es fácil decidir dejar tu empleo, aun y cuando te torturan todo el tiempo. La mayoría de las veces necesitas un empujoncito. Yo todavía no sé si le agradezco o no a Amador Narcia la ayudadita.

El caso es que, lo quieras o no, dejar un trabajo que te exige tanto tiempo se va convirtiendo en una necesidad imperiosa.

Una amiga me contaba que tiene muchos deseos de embarazarse. No ha podido lograrlo y el médico ya le advirtió que esto se debe al grado de estrés en el cual vive. Ella no se atreve a dejar el trabajo, ya que tiene algunas deudas por saldar. Además, ni siquiera puede seguir un régimen para lograr el embarazo. Simplemente, sus días de ovulación han coincidido con que ella está de viaje o llegó muy cansada y con muy pocos deseos de escribirle a la cigüeña.

Lamentablemente, tarde o temprano deberá tomar una decisión, porque el tiempo que le queda para concebir se acorta cada día.

Es entonces cuando, por mucho que tu vida esté llena de sorpresas, trabajar sin horario se convierte en un verdadero problema. Sí, porque tienes derecho a ser una profesionista, una mujer productiva

y eso nadie lo niega. Pero ¿tus hijos no tienen derecho a estar con su madre? Y en el momento en que surgen los derechos de los hijos, los tuyos pasan a segundo plano.

XIV

Detrás de cada mujer con éxito hay un hombre sorprendido.

ANÓNIMO

Durante mis primeros meses sin empleo me sentía tan inútil que intenté prolongar mis habilidades periodísticas a través del trabajo de mi marido. Por las noches le sugería que hiciera tal o cual cosa u opinaba sobre algunos de los problemas de su oficina. Si me hacía caso o no, es otro asunto. Me parecía de lo más normal. Ahora resulta que es algo sumamente criticable.

Está claro que nadie perdona el éxito de una mujer, ni siquiera cuando lo logra junto a un hombre, menos si éste es su pareja. Y lo digo, principalmente, por el caso muy sonado de Marta Sahagún. Todos la acusaron de utilizar recursos federales para su promoción personal. A ella y al ahora ex presidente Fox los llamaron con desdén la pareja presidencial. Aseguraban que ella le jalaba las orejas y él obedecía. Como si alguien compartiera las noches con ellos y supiera realmente cuál era su relación. No la estoy justificando. Entiendo que en una democracia no debe haber una alternancia monárquica, como al parecer ellos pretendían instaurar. Sin embargo, sí puedo entender que ella estaba en la política antes de casarse con el presidente. Igual que la esposa del ex gobernador de Tlaxcala, que también buscó ser gobernadora. Lo que sucede es que no es nada sencillo resignarte a dejar atrás tus aspiraciones profesionales.

Volvemos a la frase: "Detrás de todo gran hombre, hay una gran mujer". Sí, pero sólo cuando a ella le permiten demostrar su grandeza.

Existen muchos hombres que tal vez no hubieran tenido los

mismos logros o el mismo reconocimiento si a su lado, no atrás, no hubiera estado una mujer capaz y decidida. Como ejemplo podemos mencionar unos cuantos casos.

Pierre y Marie Curie. Ganaron juntos el Premio Nobel de Física por el descubrimiento de los elementos radiactivos: polonio y radio. Investigaciones, por cierto, que madame Curie inició sola. Después del Nobel, a Pierre lo nombraron miembro de la Academia Francesa y profesor de física de la Universidad de París. Como estos cargos de ninguna manera podían ser ocupados por mujeres, Marie no tuvo el mismo reconocimiento.

Albert Einstein y Mileva Maric. Todos conocen la teoría de la relatividad de Einstein, pero pocos recuerdan que sus investigaciones las llevó a cabo en colaboración con su esposa. En este caso, para variar, pudieron más las obligaciones familiares que las aspiraciones propias. La enfermedad mental de su segundo hijo obligó a Mileva a dedicarse a él por completo. Claro, esto vuelve difícil la situación entre el matrimonio. Albert logra la fama, acepta un trabajo en el extranjero y, a pesar de toda la ayuda que por años le brindó su mujer, la pareja se divorcia y él vuelve a casarse. Además, con una prima de ella.

Juan Domingo Perón y Eva Duarte. La historia nunca le ha perdonado a la famosa Evita haber conquistado a todo un pueblo al superar, por mucho, el carisma de su marido.

¿Y qué decir de Franklin y Eleanor Roosevelt? Ella rompió esquemas cuando, al convertirse en la primera dama de Estados Unidos, inició una envidiable carrera política. A Eleanor le debemos en gran parte que exista la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Y así podríamos seguir enumerando parejas que son famosas precisamente por eso, por ser pareja.

En un recuento rápido a lo largo de la historia, real o ficticia, no podríamos olvidar a Marco Antonio y Cleopatra, Sansón y Dalila, Maximiliano y Carlota, Bill y Hillary Clinton, por cierto, otra mujer

con aspiraciones políticas y recién nombrada secretaria de Estado. Y en los comics, Superman y Luisa Lane.

Por supuesto, a las mujeres se nos niega cualquier ápice de inteligencia. Siempre que logramos que un hombre nos haga caso, se nos acusa de usar sucias artimañas. Y a aquellos que no desprecian el consejo de su mujer, los tachan de mandilones.

Lo cierto es que calladitas nos vemos más bonitas. Eso quisieran todos. Lamentablemente, hasta las mismas mujeres nos atacamos. Si tienes éxito sola, te critican por abandonar a tus hijos o te acusan de sobajar a tu marido. Si el triunfo lo consigues junto con él, eres manipuladora o él te está haciendo el favor de compartir sus logros.

Si recorremos la geografía de nuestro planeta, veremos que de una u otra manera esta misoginia sigue existiendo de manera muy marcada. En Kenia, las mujeres casadas tienen que permitir ser maltratadas por el marido. Hecho del que no se salvan ni con la viudez, cuando la propia familia les quita todo: casa, hijos y hasta la poca dignidad que puedan tener, ya que se abusa sexualmente de ellas con el pretexto de que así les sacan el espíritu del difunto.

Todos conocemos la terrible situación que viven quienes tienen el infortunio de haber nacido mujeres en algunos países musulmanes, especialmente en África. En Asia y Latinoamérica todavía existe la despreciable costumbre de venderlas, pregunten en algunos pueblos de Guerrero.

La verdad, en gran parte del mundo se manifiesta una primitiva actitud hacia el sexo femenino. Mientras esto no cambie, las mujeres tendremos pocos caminos para andar.

XV

La experiencia es un billete de lotería comprado después del sorteo.

GABRIELA MISTRAL

A pesar de todo lo dicho, quiero aclarar que nunca he sido feminista obstinada. A mi parecer, ese movimiento social que tuvo como finalidad reivindicar la plena igualdad de derechos con el hombre, se desvirtuó desde su origen.

Un universo de mujeres orgullosas de enarbolar el estandarte del feminismo no ha hecho otra cosa que declararle la guerra al sexo masculino, y creo que no es el caso. Estoy convencida de que ambos debemos tener los mismos derechos y oportunidades, pero no puede haber duda de que somos géneros distintos. John Gray dio en el clavo al definir que Los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus.

Sin embargo, la lucha encarnizada por querer asemejarse a los hombres ha llevado a muchas mujeres a buscar competir en situaciones absurdas. Yo no quiero, por ejemplo, ser boxeadora si, a costa de ello, pierdo mi feminidad. Debemos entender que nuestra fuerza física es diferente. Es más, ya se ha comprobado científicamente que los cerebros de uno y otro género son distintos; y esto no quiere decir que uno sea menos capaz que el otro. Simple y sencillamente no somos iguales. O, si lo prefieren, somos diferentes.

Lo anterior viene a cuento porque no quiero parecer con esta narración una mujer resentida con su función o una odiahombres. Para nada es mi intención ofrecer esa imagen. Todo se resume

a que aprendí que, indudablemente, Dios es hombre y, por eso, a ellos les dio ciertas ventajas. Es chiste, pero una vez más volvemos a lo mismo. Nuestros problemas son de origen. Por eso resulta tan difícil solucionarlos.

Me gustaría analizar algunas de las marcadas diferencias entre ambos sexos.

Un hombre desempleado, con sus contadas excepciones, se la pasa sentado frente a la computadora: "Estoy buscando trabajo en internet". O sale a comprar el periódico y no regresa en toda la mañana: "Me senté en la banca del parque para que nadie me interrumpiera y poder leer con calma los anuncios clasificados". ¿Y qué tal?: "Voy a buscar a Rodríguez, seguro él sabe quién puede darme trabajo", y aún peor: "Me emborraché porque estoy muy preocupado".

Las mujeres, también con sus excepciones, concebimos la espera de otra manera. Entre llamadas telefónicas y ojeadas rápidas a los diarios, buscamos un empleo mientras hacemos todo lo que se necesite en la casa. Una diferencia más: ¿cuándo han oído decir a un hombre que siente remordimientos de conciencia porque deja a sus hijos para irse a trabajar?

Y aquí quería llegar. Es triste, pero lamentablemente la mayoría de las mujeres no nos dedicamos a lo que nos gusta, sino a lo que podemos. Porque para hacer lo que queremos, tenemos que sacrificar muchas otras cosas. En mi caso particular, comprendí que el trabajo de una reportera es como el de una modelo. Dura muy poco. En el caso de las reporteras, porque es tan absorbente que o te dedicas a él o a tener un hogar y una familia. En el de las modelos, porque la belleza física se acaba.

Ser reportera es fascinante. Siempre he dicho que es como una droga de la cual cuesta mucho trabajo zafarse. Sentir cómo te corre la adrenalina por el cuerpo cuando vas en busca de información, y la satisfacción que te da cuando la consigues, no tiene parangón. Alguna vez oí decir a un conocido periodista y conductor: "Es mejor que la coca". No puedo afirmar que la comparación sea la más

correcta, pero entiendo lo que quiso decir.

Y estoy segura de que muchas otras profesiones son así. Pero una mañana despiertas y te das cuenta de que tu reloj biológico avanza inexorablemente. El tiempo de procrear se acorta otra marcada diferencia con los hombres y las dudas comienzan a surgir. ¿Me caso? ¿Me embarazo? ¿Cómo puedo combinar ambas actividades? Y entonces llega el momento de tomar la decisión más difícil de tu vida: decir adiós a tus sueños, sean cuales sean. El noventa por ciento de las reporteras que conocí a lo largo de mi vida no se habían casado ni tenían una pareja estable, o bien estaban divorciadas porque no había quién les aguantara el paso. Por otro lado, si quieres continuar en tu profesión, considero que no debes tener hijos, a menos que en realidad no te importe que sean criados en una guardería o por una sirvienta.

Cuando mi hija nació, yo todavía me sentía superwoman. Creía que podría cumplir perfectamente con ambas funciones, pero los hijos crecen y empiezan a requerir cada vez más de tu tiempo, de tus atenciones y de tu amor. Fue entonces cuando me percaté de que no hay nada más falso que decir “los niños necesitan más calidad que cantidad”. Ésta es una frase hecha a la que nos hemos aferrado. No es cierta. En una época de su vida, los hijos requieren de ambas cosas.

Durante mucho tiempo, en mi mente martillaban sin cesar las palabras de una amiga. Me contaba que su hija llamaba mamá a la sirvienta y que la niña sufría los fines de semana, cuando la muchacha se iba a su casa y tenía que compartirlos con quien consideraba una desconocida: su verdadera mamá.

Recuerdo aquellas noches que, extenuada, recogía a mi bebé en casa de mi mamá. La pequeña lloraba amargamente. No quería irse conmigo. Según yo, cuando estaba con ella le daba toda la calidad que me permitía el cansancio de un arduo día de trabajo. Si estás agotada, la calidad es bastante deficiente. Luchas contra tus minadas fuerzas físicas para jugar con tus hijos o para ofrecerles la

suficiente atención a sus problemas. Ahora que estoy con ella, me doy cuenta de que la conozco mucho más que antes. Aun cuando estoy cansada, verla todo el día me permite saber lo que le pasa, lo que siente, cómo va en la escuela y, sobre todo, me permite sentir cada minuto el amor tan grande que me tiene y, por supuesto, demostrarle el mío. Los niños no necesitan calidad una hora al día, porque las veintitrés horas restantes también requieren de atención, orientación y cariño. Y si no estás presente, nunca sabrás qué necesitaron durante ese tiempo.

Cuando mi hija Alexia entró a la escuela, me prometí que jamás faltaría a ningún acto escolar y traté de cumplirlo. Sin embargo, no podía disfrutar esos momentos porque o me había escapado del trabajo o tenía prisa por llegar a alguna entrevista. Estoy segura de que eso se lo transmites a los hijos.

Mi pequeña no podía tener horarios normales. Muchas veces eran las once de la noche cuando la estaba recogiendo, o ya íbamos rumbo a la casa, cuando me llamaban de la oficina porque algo había sucedido y tenía que regresar con mi mamá, dejarla e irme. La niña nunca sabía dónde dormiría y dónde despertaría. Jamás podía invitar a un compañero a comer a su casa, porque nunca estábamos en ésta, y a las fiestas siempre tenía que ir acompañada por otra persona. No siempre podía estar con ella cuando se enfermaba o cuando estaba triste. Para mí que eso les puede crear miedos e inseguridades o una sensación de abandono. Actualmente, cada momento, trato de recuperar lo perdido y creo que fue muy a tiempo, porque lo estamos logrando. Aun así, ella recuerda aquellos días y con frecuencia me pide que nunca más la deje para irme a trabajar. Y miren que a mí, por lo menos, me daba tranquilidad dejarla con mi mamá y mis hermanos que la adoran, pues sabía que estaba perfectamente bien cuidada y atendida y que la educación que le estaban dando era la adecuada. Pero al dejar a los hijos con una sirvienta, a menos que montes todo un sistema de vigilancia por video, no sabes en realidad cómo los tratan, si tienen la paciencia suficiente para darles

de comer y pa-ra dormirlos. Me parece una barbarie.

De ninguna manera estoy tratando de decir que las mujeres no debemos trabajar. En estos tiempos no sería lógico. Cada vez más familias necesitan dos sueldos para sobrevivir. Lo que digo es que si tenemos que trabajar, lo debemos hacer en el tiempo que los hijos están en la escuela, o hacerlo desde casa para no descuidarlos. Por eso, les repito, las mujeres tenemos que trabajar, pero no siempre podemos hacerlo como nos gusta ni en lo que nos gusta.

Entonces, ¿las mujeres no podemos realizarnos como profesionistas? Depende cuál sea tu profesión y a lo que le llames realización. Si quieres ser corresponsal de guerra, por ejemplo, por favor, no tengas hijos. Te lo digo de corazón.

Por cierto, en estos momentos me siento feliz con lo que estoy haciendo, es decir, escribiendo. Pero debo detenerme ahora porque son las ocho de la noche y tengo que acostar a mi hija. La ventaja es que puedo regresar más tarde, o no. Nadie me dirá nada.

XVI

Aburrirse en el momento adecuado es signo de inteligencia.

CLIFTON FADIMAN

El tiempo pasa de manera inexorable. No hay duda.

Han de saber que narrar esta historia me ha llevado años. Siempre encontraba qué agregar.

Siete años... siete años de búsqueda... de encuentro... de aprendizaje... de preguntas y respuestas... de satisfacciones e insatisfacciones... siete años ya de ama de casa...

Lo cierto es que la transición está llegando a su fin. Lo difícil y lo fácil ya pasó. Ahora sólo queda la realidad tal cual es. Una realidad que veo ante mí con más esperanza que desesperanza. Con más ilusión que desilusión.

Entendí que la vida es un escenario, y nosotros, los seres humanos, sólo actores a los que nos toca representar diversos papeles.

Hoy, éste es el rol que he tenido que interpretar. Mañana, quién sabe. Pero me queda claro que no puedo ni debo aferrarme al pasado; como tampoco debo vivir pensando en el futuro.

Fui reportera. Sí. Y lo sigo siendo.

La verdad es que reportera me voy a morir.

Además, sin duda, cada una de las páginas de este libro me ha permitido seguir desempeñando uno de los oficios más apasionantes. En el tiempo que me tomó escribirlo, me dediqué a observar (reportear) a otras amas de casa, tomé nota de lo que comentaban, vi sus reacciones y capté sus emociones. Descubrí que si bien no puedo dedicarme a este oficio las veinticuatro horas del día, tampoco tengo porqué abandonarlo.

Ahora nadie va a detenerme. Nadie me va a impedir que siga pensando y creando historias, que si puedo o no escribir no importa, pero me mantendré desempeñando mi oficio. La magnitud del público es lo de menos. Tan importante es uno como mil espectadores. El caso es que lo que hagas o digas le interese a alguien.

Éste es mi foro, donde ahora puedo expresarme. Mañana puede ser mi cama y el oyente mi marido. No lo sé. Lo único cierto es que no podemos ni debemos olvidar nuestros sueños. Pero, ojo, tampoco debemos dejar a un lado nuestras realidades. ¿Que pueden compaginarse? Sí, si sabes hacerlo con sus variaciones. Sí, si entiendes que mezclar agua y aceite no se puede, pero que sí es factible tenerlos en el mismo frasco aun y cuando estén separados. Sí, si aprendes a darte un tiempo para ti misma. Sí, si obligas a los demás a respetar tu espacio como ser humano aunque sea por diez minutos. Sí, si aceptas que al elegir un camino no tienes porqué cerrar otros.

Me costó tiempo y trabajo entenderlo, pero ya comprendí que nadie me puso una pistola contra la sien. Yo misma decidí que no podía continuar con un trabajo que exigía todo mi tiempo. Entonces tampoco era feliz. Me faltaba realizarme como madre en toda la extensión de la palabra. Luego, al convertirme en ama de casa y mamá, me faltaba desempeñarme profesionalmente. ¿Quién nos entiende? En este instante, sin embargo, me siento con la capacidad de decir que creo haber encontrado la justa medida. Disfruto de mi vida personal y trato de dedicar un tiempo a la profesional.

De ninguna manera olvido todo lo que he dicho. Es cierto, lamentablemente, que las mujeres tenemos muchas más complicaciones para hacer lo que nos gusta. Pero es la realidad. Ésa, sola, no voy a cambiarla. No me queda más que entenderla, aceptarla y buscar métodos para equilibrarla.

No soy nadie para dar consejos, pero este cúmulo de vivencias me hace un poco audaz para atreverme a recomendar lo siguiente:

- Dedícate a la profesión que elijas con toda tu alma y corazón.
- Disfrútala como si fuera lo último que vas a hacer en tu vida.

- Llegado el momento, marca prioridades y decide qué es lo que quieres.
- Ser esposa y madre es una decisión personal, no una obligación social. Si decides serlo, no olvides entonces que eso acarrea muchas otras responsabilidades.
- Asúmelas, pero no dejes de lado tu persona y mucho menos tu personalidad.
- No hagas las cosas con el único fin de que alguien te lo agradezca.
- Tampoco agradezcas hasta cuando alguien en tu casa te dice “por favor”. Eso te menosprecia.
- Disfruta cada etapa de tu vida. De no hacerlo, te convertirás en una mujer amargada que ayer pensó que quería el mañana y en el mañana sólo vivió recordando el ayer. Estás viviendo lo que elegiste vivir. No te arrepientas.
- Pero eso sí, recuerda que nada es eterno. Prevé tu futuro. Si de alguna manera puedes mantener tu independencia económica, todo te será más fácil.
- Ser buena esposa y buena madre no quiere decir que vivas únicamente por los demás y a través de ellos.
- Siempre debes tener un proyecto de vida personal, porque el día que no lo tengas, estarás muerta en vida.
- Recuerda que si te conviertes en esclava, todos serán tus amos.
- Ten presente que sólo tú misma puedes encontrar la clave para sentirte realizada, pero sobre todo para ser feliz. Si te dedicas únicamente a tu profesión, siempre te faltará algo, y cuando sea tarde, podrías llegar a arrepentirte. Pero tampoco olvides que si sólo te dedicas a tu hogar y a vivir a través de otros, en tu interior te sentirás vacía. Es la justa medida lo que debes buscar. Y, si es necesario, reinventarte cada día.
- El equilibrio perfecto es lo que, en suma, te deseo. No dudes en buscarlo, porque, cuando lo encuentres, obtendrás una gran tranquilidad y, por ende, tu felicidad y la de tu familia.

- Y, si me permites, un consejo más. Ayuda a ser parte del cambio para las mujeres del futuro. No críes a hijos machos ni a hijas abnegadas. No contribuyas a que sigamos siendo medias personas. Tu hijo puede jugar con muñecas. Eso no lo hará homosexual. Seguramente lo convertirá en un buen padre que sabrá como cambiar pañales. Mientras tanto, tu hija puede jugar fútbol sin convertirse en marimacha. Al contrario, será una compañera más divertida para su pareja. No hay que olvidar que la educación es la base de todo futuro. Y que la experiencia que vivimos hasta el día de hoy todas nosotras nos sirva, por lo menos, para lograr que en el futuro hombres y mujeres caminen de verdad juntos o independientes, como quieran, pero nunca dependiendo por fuerza del otro para realizar ciertas tareas.

XVII

Tu espíritu es el plumero de cualquier tela de araña. Detrás de cada línea de llegada, hay una de partida. Detrás de cada logro, hay otro desafío. Mientras estés vivo, siéntete vivo. Si extrañas lo que hacías, vuelve a hacerlo. No vivas de fotos amarillas. Sigue, aunque todos esperen que abandones. No dejes que se oxide el hierro que hay en ti. Haz que en vez de lástima, te tengan respeto. Cuando por los años no puedas correr, trota. Cuando no puedas trotar, camina. Cuando no puedas caminar, usa el bastón. ¡Pero nunca te detengas!

MADRE TERESA DE CALCUTA

Me cuesta un poco de trabajo terminar este escrito. Las anécdotas llegan a mí todos los días. Sin embargo, también comprendo que resultarían repetitivas. Nunca creí que las historias de tantas mujeres fueran tan similares.

Espero, sin embargo, que mis experiencias, y las de quienes me permitieron conocer las suyas para mostrártelas, te sirvan para enfrentar la difícil transición. Todas, aun cuando varias, por tan cómicas o por tan trágicas, pudieran parecer inventadas, son historias reales. Todas son de mujeres que han tenido que enfrentar cambios drásticos.

No puedo negar que todavía tengo periodos de depresión poschamba. Pero también estoy convencida de que así como se te pasan los de posparto, estos también van disminuyendo con el paso del tiempo.

Indiscutiblemente, aún añoro mi trabajo. Aunque no lo crean, me producen envidia, por ejemplo, Eduardo Salazar o cualquiera de los reporteros que cubrieron la guerra contra Iraq; Iván Saldaña metido

en los huracanes. Cada día, sin embargo, entiendo, comprendo y acepto que son experiencias que ya están fuera de mi alcance.

Me causa una enorme felicidad saber que has leído hasta las últimas páginas de este libro que me permitió seguir desarrollando mi amor por la escritura y, por supuesto, por el periodismo. Gracias por ello.

Espero que tú también encuentres, en lo que hagas, la realización completa.

Y me gustaría, antes de poner fin, dedicarte unas palabras más de aliento. Pero no puedo hacerlo. Tengo que decirte la verdad. Y ésta es una sola: por nada te salvarás de lavar trastes.

¡Lo siento!

Estos son malos tiempos, los hijos han dejado de obedecer a sus padres y todo el mundo escribe libros.

CICERÓN

Imposible es el adjetivo de los imbéciles.

NAPOLEÓN BONAPARTE

